

Rivera

Jesús Lugo Lopez

Image not found.

Capítulo 1

Ya eran las dos de la mañana, y aun no había podido conseguir dormirse. Lo había intentado pero el olor a ron no la dejaba, y el dolor de su ojo izquierdo no ayudaba mucho que se diga. Apenas y podía ver por él. Se levantó con cuidado para no despertarlo, y fue al baño en busca de algo que la ayudara a bajar la hinchazón y calmar un poco el dolor, pero no había nada en el gabinete del baño que cumpliera con dicho propósito. Cerró con cuidado la puertecita del gabinete y contemplo en el espejo su adolorido rostro. La poca luz de luna que entraba por la ventana no le permitía observar con detalle lo que su novio le había hecho esta vez, pero se imaginó el resultado; ya había ocurrido otras veces. Se detuvo un momento en el marco de la puerta del baño y miro hacia la cama en la que se encontraba aquel hombre y en la que hasta hace un momento intentaba conciliar el sueño. Parecía muerto, pero se notaba su honda y larga respiración por el movimiento lento de su pecho al inhalar y expulsar aire. Estaba profundamente dormido y a menos que la casa se le viniera encima el no despertaría.

Cerró la puerta y encendió la luz. Se sintió triste. No era la primera vez que Rony la golpeaba cuando este llegaba tomado, pero esta vez se ensañó con ella, y mucho. Si su madre la viera en este momento de seguro que se infartaría, no sin antes decirle lo que le dijo la primera vez que conoció a Rony *-ese hombre es una mala persona. No te juntes con ese hombre-*. Pero, ¿Qué podría hacer ella sin él? Rony era quien la mantenía, quien se ocupaba de todos los gastos y de los asuntos monetarios. Sin él, su panorama de opciones se reducía solo a dos alternativas: regresar con su madre, o quedar en la calle. Volver con su madre no tenía nada de tentador, y quedar en la calle era algo horrible de imaginar. Hace ya mucho tiempo que perdió la voluntad y la dedicación para ser una mujer independiente (nunca supo el porqué) y Rony se lo recordaba de vez en cuando *-no puedes hacer nada por ti misma, ¿Dónde crees que estarías en estos momentos si no fuera por mí? Seguramente en la calle o posiblemente muerta en algún basurero-*. Esfumando esos recuerdos deprimentes que llegaban a causa de pensar en su situación actual opto por lavarse la cara, acomodar su rizado cabello castaño y tras respirar profundamente por un momento y convencerse de que todo se solucionaría (*¿hay algo que solucionar?*), apago la luz del baño y se dirigió hacia la cocina en busca de un poco de agua fría. Al salir, se percató de que Rony estaba en toda la orilla de la cama. Un movimiento más y caería al suelo.

Mientras recorría el pasillo que conectaba el cuarto con la sala, miraba las fotos enmarcadas que habían de lado a lado, cada una minuciosamente ordenada de forma cronológica y de manera en que cada una creara un sentimiento de simetría y de orden en el lugar. A pesar de que no había mucha luz sabía lo que moraba entre aquellos marcos, y esto se debía a

que todos los días miraba y detallaba su contenido. Ese pasillo se convirtió en su espacio personal y en el lugar más querido para ella dentro de aquella casa. Cuando pasaba por ese pasillo era como retroceder en el tiempo y poder contemplar cada uno de aquellos momentos en los que su vida fue plena y feliz (*¿ya no lo es?*). En total, diez y ocho fotos, (nueve de cada lado) decoraban aquellas paredes, la mayoría seleccionadas de entre muchas que tenía guardadas en su pequeño baúl de color café, mientras que otras las había recibido hace tiempo de amigos y conocidos. Había una en la que a sus diez y nueve años ganó un concurso de dibujo y pintura y en la que estaba su madre a su lado derecho con una gran sonrisa y una mirada de alegría, mientras que a su lado izquierdo se encontraba su padre, serio y recto, pero que se le notaba en los ojos un orgullo palpitante por el logro de su hija; y en el medio estaba ella, aun con manchas de pintura en su cara y gran parte de su delantal de trabajo, y con una alegre sonrisa mientras sostenía su certificado en el que su nombre y posición en el concurso de dibujo y pintura resaltaban: *Rosa Quintero, ganadora del primer puesto en el XXIII concurso anual de dibujo y pintura llevado a cabo en la ciudad de Rivera, sábado 16 de 1992*. Para ese entonces era una buena dibujante; aun hoy en día sigue dibujando, pero no como antes y sin la chispa creativa de aquellos tiempos.

Otra de las fotos la llenaba de alegría, pero a su vez de nostalgia debido a que en ella se encontraban sus compañeras y amigas de la escuela tomada a finales de curso. En esa foto tenía doce años. Era pequeña y delgada; de hecho era la más pequeña del salón, no como ahora que media un buen metro setenta y cuatro y era un poco más rellena.

Así siguió por un rato, contemplando y recordando aquellos diversos momentos de su vida plasmados entre aquellos marcos hasta que llegó al final del pasillo donde su ensoñación dentro de ese mundo antiguo quedaba poco a poco oculta entre las sombras de la noche, dando paso al presente y el ahora. Una cosa curiosa con respecto a esto de las fotos, y que sucedía algunas veces (o al menos así lo creía Rosa) era que le daba la sensación de que por momentos los objetos de las fotos o las personas cambiaban de lugar. El suceso que más recuerda y que aun la sigue confundiendo respecto a esto de las fotos es el de la feria de la ciudad. En ella aparecen niños corriendo de un lugar a otro disfrutando del día con los juegos, comidas y actividades que tenían preparadas para ellos. En el medio de toda esa algarabía había un grupo de niños sentados en un banco de color verde pastel y a cada lado estaba un payaso. Pimentel el Sabio era el que estaba al lado izquierdo del grupo; era alto y delgado y se le conocía por tener unos chistes tan malos, pero tan divertidos a la vez que muchos de ellos pasaron a ser culto a lo largo de la ciudad. Por el lado derecho se encontraba Pilluelo Bonachón, quizá uno de los más queridos de esa época. Sus bailes y canciones hacían furor entre los más jóvenes (y muchos adultos también) tanto que los fines de semana aparecía en su propio show de televisión. Su apariencia regordeta y su

desbordante carisma atrapaba a cualquiera.

Duro apenas un segundo, quizás menos, pero hasta el día de hoy Rosa jura haber visto a una señora en el lugar de Pimentel y algunas personas de otras fotos del pasillo en el lugar donde deberían estar los niños.

Tal vez fue alguna alucinación o simplemente un momento de locura pasajera (*¿Por qué?*) pero sea lo que haya sido ese fue uno de esos sucesos de la vida que se quedan grabados en la memoria para siempre. Nunca se lo conto a Rony por miedo a que se enojara con ella; cosas que fueran más allá de lo ordinario o que tuvieran tintes de cuentos de hadas lo incomodaban. No eran más que tonterías y estupideces que llenaban la mente de las personas con basura y porquería innecesaria. El buen Rony era un hombre de pensamiento "directo" y nada de eso iba con él.

Al llegar a la sala giró a la izquierda y se dirigió a la cocina. Abrió la nevera, tomo una jarra de agua helada y luego se sirvió un poco en un vaso. Tomo un sorbo y se dejó llevar por el efecto refrescante que se esparcía a lo largo de su pecho. El calor de esa noche se había intensificado un poco y ese vaso de agua le ayudaría a mantenerlo a raya por un rato. Luego, y tras repasar por un momento el ordenado y limpio aspecto que tenía toda la cocina, se dirigió hacia una de las ventanas de la sala y se quedó un rato contemplando la calle de la urbanización en la que vivía.

En general era un lugar agradable y tranquilo; nada de bandas organizadas o de tratos ilícitos por la zona; nada de problemas de tipo ambiental, de alcantarillado o de gas o de electricidad. La gente era tranquila y la gran mayoría amable. Todos se conocían y tendían a ayudarse entre sí cuando se necesitaba. Algunas tardes cuando regresaba de su modesto trabajo en la tienda de fotografías se tomaba un momento para conversar con los vecinos o alguien de la urbanización, enterándose de esta forma de alguno que otro chisme que por lo general trataba sobre que fulano dejo las llaves dentro de la casa y hubo que llamar al cerrajero; o comentar sobre el día de trabajo de cada quien, o de como las cosas no estaban muy bien en el lado oeste de la isla. A veces Rosa pensaba en ocasiones que sería mejor ir a vivir a otro lugar porque sentía que a pesar de ser una urbanización bastante tranquila y agradable, estaba encerrada en una burbuja que dejaba por fuera la realidad de la ciudad, e incluso del mundo. Hay crímenes, accidentes, alzas y bajas en la bolsa, guerras en algunas partes del mundo y hambruna extrema en otros, narcotráfico, prostitución, tráfico de órganos y personas, etc. Pero aquí parece que esas cosas son de un pasado ya casi olvidado y es por esa razón que muchos consideran a la urbanización *La Loma* como el lugar perfecto para escapar del lado oscuro del mundo.

Rosa tomó una silla de la sala y la colocó frente a una de las ventanas y allí pasó un largo rato, sentada, mirando hacia la calle, pensando en las

cosas que pudieran estar haciendo los vecinos a esas horas en la madrugada o sobre los acontecimientos que pudieran estar sucediendo en la ciudad. Largo fue el rato que pasó pensando y divagando. Ya el agua fría del vaso estaba a temperatura ambiente y ya el sueño finalmente llegaba a ella; fue a la cocina a lavar el vaso y colocarlo en su lugar y, tras una mirada rápida para cerciorarse nuevamente de que todo estuviera en su lugar (*no lo está...*) se dirigió al cuarto.

Al entrar en el pasillo fue cuando escuchó por primera vez aquel sonido...

Al principio pensó que parte de la pared de la sala o del techo había cedido (cosa que la alarmó rápidamente) pues aquel sonido era de algo muy pesado que golpeaba secamente contra el suelo. Pero cuando lo escucho por segunda vez supo que no era nada de eso: era algo que no pertenecía a la casa. Luego el ruido que siguió fue de algo moviéndose por la sala; mejor dicho, arrastrándose pesadamente por la sala. ¿Un animal? ¿Un ladrón? No, nada de eso, era algo diferente y completamente desconocido para ella y para cualquiera. Lo peor de todo aquello era que se acercaba más y más donde ella se encontraba, pero aunque por el ruido que hacía al arrastrarse dejaba en claro que era algo realmente grande, Rosa no podía ver que era. De hecho, la sala estaba tal y como la dejó antes de ir a la cocina. Nada había sido movido de su lugar; su intuición y sentidos no la engañaban: algo realmente grande se arrastraba por la sala. El ruido no provenía de debajo de la casa ni de arriba ni de los alrededores sino de allí donde hasta hace unos pocos minutos estuvo sentada misma, pero eso ya no importaba. En lo más profundo y recóndito de su ser ella sentía que aquello invisible y etéreo estaba frente a ella, que la miraba, la olía, la sentía, la quería... la quería muerta.

Sin pensarlo dos veces Rosa se giró y corrió hacia el cuarto en busca de ayuda, en busca de Rony, en busca de aquel hombre de pensamiento "directo", aquel hombre con esencia a ron y mal genio, aquel sujeto rudo que prefiere golpear primero y preguntar después, aquel sujeto que si no se despertaba ahora mismo sería una presa más de aquello que ahora habitaba en la casa, pero apenas dar el segundo paso, Rosa cayó al suelo. No sabía si el pavor creciente que sentía le paralizó las piernas o si aquello que estaba frente a ella finalmente la tomó, pero sea lo que sea no podía moverse de la cintura para abajo. Se arrastró. La adrenalina o las ganas de vivir la impulsaban a eso, a arrastrarse por su vida (*¿seguro?*), a no dejarse vencer por aquello que intentaba agredirla. Se seguía arrastrando y aquello también se arrastraba tras de ella. No se dejaría atrapar. Lo sentía cerca, casi que encima suyo. El sudor la inundaba: El calor de la noche se intensifica; las ganas de vivir también – ¡ROONYYYY!-. El grito es contundente; cumple su cometido. De la habitación llega un sonido seco de algo que cae y rueda, luego un balbuceo y después la silueta de un hombre recién despierto y confundido que se para en el marco de la

habitación.

Los ojos de Rony se abren de par en par. El sueño huye por completo de su cuerpo y de esa casa. Una figura enorme y serpentina se arrastra pesadamente hacia el pobre hombre de pensamiento "directo". Aquella figura es más que algún tipo de serpiente, aquello es más que una monstruosidad reptante: es el horror primigenio mismo. El sonido que producen sus grandes escamas al arrastrarse por el suelo es igual al de papel lija sobre la madera, pero mucho más acentuado y terrible. Aquella enorme figura abarca todo el ancho y alto del pasillo y seguramente abarcaría mucho más espacio si el pasillo fuera más grande. Los rostros de las fotos al ver pasar semejante criatura se vuelven en una contorción de espanto y gritos para luego dar paso a una decadente y honda expresión de tristeza cuando el cuerpo de la criatura aplasta el marco y el cristal de las fotos contra la pared al dirigirse hacia el pobre hombre alarmado.

Se acerca a Rony; Rony retrocede a la habitación; la criatura entra en la habitación; Rony intenta herir a la criatura con la botella de ron; la criatura se ensancha y se vuelve mucho más grande; Rony grita de terror; La policía llega quince minutos después.

Capítulo 2

- *¡La vida es bella!* -. El dicho favorito de Alberto Jiménez. Desde muy pequeño se sintió fascinado por la vida y todo lo que ella representaba. Era algo que lo movía y lo centraba en querer buscar aquello que ayudara a preservarla y cuidar de que durara lo más que pudiera; no por nada se esmeró tanto en su carrera de médico general; no por nada hace trabajo voluntario para el cuidado del medio ambiente; no por nada cursa estudios de veterinario en el Centro de Cursos Técnicos e Integrales Miradores del Este. Aquello que fuera lo más beneficioso para todos era en lo que Alberto estaba inmiscuido.

Afable y emprendedor, Alberto es una persona muy conocida por todos en muchas partes de la isla, tanto por su buen desempeño en el trabajo como por su buena compañía. Sabía un poco de todo, desde música hasta ingeniería mecánica y siempre era agradable conversar con él. Sus conferencias referentes al tema del medio ambiente daban a debates interesantes sobre posibles formas de cómo frenar el calentamiento global; o sus ponencias de medicina en las que explicaba formas innovadoras de cómo detectar alguna de las dolencias más complejas y como tratarlas. Ya a sus actuales cuarenta y siete años, Alberto ha viajado a lo largo del mundo para estudiar y trabajar en aquellos problemas que aquejan al mundo: hambre, enfermedades, adicciones, calentamiento global y otras muchas aflicciones que cada día parecen abarcar más y más espacio en el mundo. -“...*hay que preservarla cueste lo que cueste...*”-.

Aunque su labor a la sociedad ha traído beneficios a la comunidad, también le ha traído momentos difíciles a su vida; a pesar de la satisfacción que le han producido todos esos logros en pro de la vida (desde operaciones exitosas de alto riesgo en el quirófano hasta ayudar animales marinos varados en la playa) los momentos difíciles quedan de alguna manera grabada en su ser y, aunque los momentos felices superan en un millón a los infelices, estos últimos dejan una pequeña impresión que surge de vez en cuando para decirle “mira, la vida no es fácil”. La muerte de Francisco, su amigo de toda la vida, fue uno de esos momentos difíciles. Nunca se supo cómo murió en realidad; el reporte oficial atribuye el deceso a una aneurisma, pero según se filtró días después en la prensa: “...*el deceso del señor Francisco José de la Villa no arrojó un resultado definitivo y se archivara a las muertes no resueltas de la ciudad. ¿Acaso esto se debe a la incompetencia del departamento de policía o realmente es “posible” que existan muertes que no puedan ser precisadas? ...*” El artículo era una dura crítica a los cuerpos policiales en los que sus investigaciones relacionadas a una serie de decesos en el último año no habían podido ser puntualizadas. Francisco pasó a formar parte de esa lista, y eso afligía a Alberto. El saber que su gran amigo estaba junto a los que nunca saldrían del limbo de una muerte misteriosa lo ponía triste. ¿Cómo el recuerdo de una gran persona como Francisco puede quedar con

esa pequeña astilla del "es posible, pero..."? él lo conocía bien y sabía que una aneurisma en su buen estado físico era poco probable. La causa no había sido ni por problemas de salud ni por algún accidente; sentía que había sido por algo más pero no podía precisar qué.

"... es lo más valioso que tenemos y eso es algo que nunca cambiara..."

Ahora no era momento de pensar en esas cosas. Se supone que pidió esta noche para repasar y practicar para el examen de veterinaria que tendría lugar aquí mismo mañana en la tarde y no para recordar cosas tristes.

El Centro de Cursos Técnicos e Integrales Miradores del Este es un lugar tranquilo por las noches. No había el alto tráfico de gente que casi siempre estaba presente a lo largo del día y la tarde, y el uso de equipo de trabajo era más accesible por las noches. La abarrotada cafetería de los mediodías se transformaba ahora en un lugar de lectura, y una que otra relajada conversación ajena al bullicio de las horas pico podía surgir sin tenerse que levantar la voz para hacerse oír. De hecho, más tarde tendría allí un repaso general con algunos de sus compañeros del curso. Por ahora solo buscara algún refrigerio para las próximas horas, no sin antes relajarse un poco en aquel gran balcón del tercer piso que da vista al gran Redentor, la gran montañosa de Rivera. Muchas historias giran en torno a esa parte de la ciudad. Algunos dicen que cuando llegaron los primeros colonos a la isla guardaron gran parte de sus riquezas en alguna gruta escondida, ya que para ese entonces no había mucho en que utilizarlas salvo para mandar a buscar mercancías vía marítima a otros lugares, pero que pasado un tiempo esas riquezas fueron olvidadas debido al increíble crecimiento económico que hubo a lo largo del lugar. Hay otras historias que hablan de pueblos escondidos a los largo y ancho, y a pesar de que las exploraciones que se han hecho tanto por dentro como por fuera del Redentor han demostrado lo contrario (se supone que están muy bien escondidos) los más fervientes creyentes de estas historias juran por la memoria de sus abuelos que existen pueblos y gentes tan fantásticos como la palabra misma. Otras historias tratan sobre monstruos terribles que habitan en lo profundo y son estas las que más gustan a los niños; pero hay una en particular que siempre le llamó la atención a Alberto, y es el de la gruta secreta que conduce a una ciudad sumergida en el océano.

Se dice en la historia que hubo hace mucho tiempo una gran ciudad sobre la isla, mucho antes de que llegaran los primeros colonos que fundaron la actual Rivera. Todo era próspero y funcionaba como debía gracias a una fuerte imposición de leyes implementadas por los reyes del lugar. Un día, uno de los videntes de la alta corte vaticinó una extraña profecía:

De más allá del sol vendrá Gwhta;

De entre las aguas se levantará Dutake;

Lo que se ha preservado se preservará si se levantan las manos a las estrellas;

Lo que mora de un lado morara con lo otro;

Gwtake se preservará, pero Nigati se sumergirá.

Esto confundió mucho a la corte ya que entonces significaba que el gran protector vendría, pero a su vez se marcharía, dejando en su lugar a un nuevo protector formado por el antes y el después; Paso el tiempo y la ciudad empezó a transitar por un declive lento e inexorable que poco a poco se fue extendiendo a toda la isla; personas, animales, plantas, la tierra, el viento, el agua, todo entró en una extraña espiral de decadencia que lo consumía todo a su paso. Alarmados por la grave situación, la gran corte y sus reyes buscaron desesperados una solución al caos creciente que azotaba su mundo hasta que en el momento de mayor necesidad lograron entender la profecía. No se sabe a ciencia cierta cómo sucedieron las cosas, pero a la final El Redentor se partió en dos, mostrando un camino que llevaba directo a una zona en lo profundo del océano en la que se encontraba una ciudad que podría resguardar a aquellos que tuvieron la suerte de escapar del caos de la isla. Una vez lograron escapar aquellos que pudieron, El Redentor se unió nuevamente para sellar el camino, dejando que la isla se consumiera así misma en su caos. Después de eso la isla fue sanando lentamente hasta que varias generaciones después El Redentor se volvió a partir en dos y mostro el camino de vuelta a aquellos que habitaban en la ciudad del océano para que nuevamente pudieran vivir en la isla.

Gran parte de esta historia fue variando a lo largo del tiempo y muchos de sus acontecimientos fueron inventados debido a que aún (y posiblemente nunca suceda) no se ha encontrado rastro de los demás fragmentos de esta historia. Lo poco que se sabe de esta y otras historias referentes al pasado precolombino de la isla es gracias a las tradiciones orales que aún conservan algunas de las etnias autóctonas del lugar y por pizarras de madera de roble tratadas en las que se relatan fragmentos de estas historias; Estas junto con otras reliquias de tiempos antiguos se preservan en el museo central de Rivera y siempre tanto a lugareños como a turistas les impresiona la rica y compleja cosmogonía que se existía para ese entonces en la isla, y la historia de la ciudad sumergida en el océano es una de las que más gusta a la gente.

¡Una ciudad sumergida! Algo en eso fascinaba a Alberto, quizá sea por el hecho de que a cincuenta y seis kilómetros al noreste de la isla este la formación coralina más rara documentada en el mundo y sea posible que allí en lo profundo exista algo fantástico; quizá sea por la presunta tranquilidad que pueda haber en lo profundo del océano; quizá simplemente le fascine porque sí, o quizá sea la forma en como María Carlota Rodríguez, una de las guías del museo, cuenta la historia. Sea lo que sea, la historia de la ciudad sumergida en el océano le gusta mucho.

Ya es hora de regresar a lo que estaba haciendo; ya llegaría el momento de relajarse después del examen de mañana. Posiblemente valla a pasearse un rato por el museo y dejar que la imaginación se desboque por un rato, y quien sabe, capas escuche nuevamente la historia, pero por parte de Carlota. Por ahora era momento de la práctica. Antes de regresar al laboratorio, Alberto se da una vuelta por la cafetería para ver si ya han llegado sus compañeros de curso; ve que, a uno de ellos, Alfredo, ya ha llegado. Está hablando con algunas personas, seguramente amigos suyos. Saluda de lejos a Alberto y este responde alegremente al saludo.

Al llegar al laboratorio busca algunos de los libros en los que apoyar sus bases teóricas y comparar sus anotaciones para luego buscar en la parte trasera del laboratorio algunos ejemplares con los que practicar; el cachorro Golden retriever, el conejo californiano y el gato callejero servirán. Primero empezaría con el cachorro ya que la fisonomía de los perros se le dificultaba un poco.

"...La vida lo es todo. Sin ella, ¿qué es lo que habría entonces? ..."

Al ver que se colocaba el hocico del pequeño cachorro en la boca, el conejo sintió que algo andaba mal con lo que se acurruco lo más que pudo en una de las esquinas de su jaula; y cuando se escuchó el primer *icrack!* de los huesos del hocico del pobre animal, el gato supo que muy posiblemente perdería sus cada una de sus nueve vidas esa noche.

Alberto mordía con fuerza, saboreando cada trozo de hueso dientes y sangre que rodaba por su boca. Algunos de sus propios dientes se rompían y se unían a aquella marea de extraño y repulsivo sabor que poco a poco inundaban su boca y su garganta. La presión de sus mandíbulas al momento de morder la cara del animal venía seguida de un sonido tan similar como cuando uno rompe una nuez: *icrack! icrack!* Los gemidos y aullidos del pequeño perro fueron agudos y desesperados al principio, pero luego arrojó unos extraños sonidos de gorgoteo cuando Alberto le empezó a arrancar la lengua a mordiscos. El cachorro pataleaba con fuerza y frenesí, pero las fuertes manos de aquella bestia no lo dejaban escapar; poco después los pataleos fueron entrecortados y sin mucha fuerza hasta que finalmente dejó de moverse. Alberto comparó sus anotaciones con uno de los libros que había tomado y parecía que todo estaba en su lugar; dejó caer el cuerpo del pequeño Golden retriever y

abrió la jaula del conejo californiano. El conejo gruñía salvajemente y lanzaba mordiscos y ataques con sus garras contra las manos de la bestia, pero no fue suficiente. Ahora el conejo lanzaba chillidos de angustia, de miedo. Nuevamente aquellas poderosas manos hicieron su trabajo; esta vez agarraron con fuerza al animal con una fuerza tan monstruosa que los ojos salieron de sus cuencas y parte sus órganos internos por la boca y por el recto. Aquel bonito animal de pelaje blanco ahora era un amasijo de carne y sangre. Alberto lo dejó caer junto al cachorro y nuevamente comparó sus notas con las del libro. Anotaba algunas cosas en su libreta, pero le era un poco difícil: algunos de sus dedos estaban fracturados a causa del salvaje apretón al indefenso animalito. Siguió comparando sus notas con el libro y ya se preparaba para pasar al gato, y estaba muy ansioso porque tenía algunas teorías innovadoras que poner en práctica en él.

La jaula del gato callejero estaba en el suelo; Había brincado de un lugar a otro tratando de escapar de aquella matanza. Tal fue la desesperación que sentía que a medida que brincaba horrorizado en su jaula esta se movía más y más al borde de la mesa hasta que finalmente cayó estruendosamente al suelo.

"...Nada. Absolutamente nada."

Alberto tomó la jaula del gato y la sacudió con fuerza, dejando a su ocupante un poco golpeado y mareado, pero aun luchando por escapar de allí. Una vez más sacude con fuerza la jaula para luego dejarla caer. El gato está muy mareado, tanto que vomita y defeca por toda la jaula. En ese momento la puerta del laboratorio se abre y uno de los profesores del lugar entra junto con dos alumnos; los que habían pasado cerca del laboratorio escucharon un alboroto que los alarmó mucho, yendo a colocar la queja con uno de los profesores que pasaba en aquel momento por ese lugar. Uno de los alumnos huye horrorizado en busca de ayuda; el otro quedó allí parado, pálido y confundido por la escena que estaba presenciando mientras se orinaba encima; el profesor se persignaba e impedía que alguien entrara al laboratorio. Pronto llegó uno de los guardias y cuando vio lo que allí estaba pasando pidió refuerzos.

Hoy en día aún se habla del laboratorio 8 y de lo que allí sucedió, tanto que se ha vuelto una leyenda urbana. Los testigos del hecho nunca contaron, salvo a la policía, lo que allí habían visto.

Aquel que por una u otra razón logra tener acceso a ese caso (detectives, médicos, novias curiosas) le invade una ola de miedo y espanto cuando leen el reporte... y mucho más cuando ven las fotos.

Pero no todo fue tragedia esa noche: se salvó un gato callejero.

Capítulo 3

Ya es tarde. ¡Esta vez sí que tendría problemas! Una cosa era llegar tarde al trabajo en una que otra rara ocasión, pero otra muy diferente llegar tarde casi todos los días en estas últimas dos semanas. Es mejor prepararse para el justo regaño y el seguro despido que se avecina... a menos que...

¡No! Nada de andar inventando nada. Esas ideas solo llevan directo a la boca del lobo y harán más que justificado quedarse sin trabajo. Mejor llevo lo que he preparado para hoy... aunque si propongo...

¡Ya basta! No quiero ni pensar la cara de desconcierto que pondría la directora si le llegara a decir eso, y ni hablar de lo que lo que empezarían a decir los compañeros de trabajo en las próximas semanas siguientes: - *Esa no anda nada centrada en su trabajo; cree que haciendo lo que le da la gana puede conseguir algo; de seguro lleva extensiones de cabello la muy perra*- Esto último la enfadó de sobremanera; esa Margot... si solo tuviera el más mínimo chance de estar a solas con ella la abofetearía, la estrangularía, le arrancaría los cabellos y se los haría comer mientras le grita a todo pulmón ¡QUIEN ES LA DE LAS EXTENCIONES AHORA!

Mientras Elisa se sumerge en sus pensamientos y arremete contra la nada frente a ella en un intento desesperado por golpear la causa de su enojo, un transeúnte se aleja rápidamente de ella al creer que sería agredido por aquella loca. Y es que con lo apurada que estaba en llegar a al trabajo, Elisa apenas y se arregló para parecer una persona decente. Si tan solo se hubiera visto una vez más en el espejo lo hubiera pensado dos veces antes de salir si quiera a la entrada del edificio. Su cabello estaba desordenado y con restos de cenizas de cigarro con aserrín o algo similar; su blusa azul claro tenía una gran mancha de café cerca de su ombligo, y con el actual arrebatado de bofetadas que daba al aire le termino restando dos botones de la parte del pecho, lo que hacía que sus senos se vieran más de lo debido; su blue jean azul mostraba una gran mancha de pintura naranja que cubría parte de su muslo y pantorrilla derecha, adornada con tiras de papel traídas por el viento. Y como punto adicional a todo aquello, pisó un gran montón de excremento mal oliente al cruzar la esquina. Pero aún no se daba cuenta de todo aquello. Por varios metros siguió insultando y golpeando al aire hasta que una pareja le pregunto -a cierta distancia- si se encontraba bien. Sale de aquel trance enervante que le provocó el pensar en su "compañera" de trabajo Margot y le aseguro a la pareja -con pena y bochorno más que evidente- que se encontraba bien. Camina un par de metros más y nota el mal olor del excremento. Mira sus zapatos deportivos y se da cuenta de la abundante porción que se esparcía por toda la parte frontal y lateral izquierda del zapato hasta entrar en el talón de Aquiles. De hecho, algunos trocitos de "comida" bailaban felices en su morena piel cuando horrorizada, sacude aquella

desagradable sorpresa. Parecía que intentaba zafarse de algún horrible bicho por los movimientos desesperados y enérgicos que hacía con su pierna, todo ello acompañado de un grito de asco y perplejidad que nuevamente llama la atención de la pareja que ya cruzaba la calle.

Al ver que aquello solo empeoraba la situación, busca entre su bolso algo que la ayude con aquel desagradable problema, pero al empezar a buscar en el bolso nota que lleva tiras de papel en su blue jean y que una macha anaranjada de pintura abarcaba parte de su pierna. Los quitó y los arrojó lejos de ella solo para que terminaran en su cabello por culpa del caprichoso viento. Los sacude de su cabello y ve con mirada asesina como van a parar al suelo. En ese momento su bolso se rompe a causa de su anterior demostración de combate callejero, esparciendo en los alrededores accesorios típicos en un bolso de mujer. Recoge alguno de los accesorios y la carpeta de trabajo para el día de hoy, pero, ¡oh sorpresa!, esa no es la carpeta de trabajo para hoy sino la carpeta de reportes, asignaciones y cronogramas de la oficina. La revisa por dentro por si habría guardado por equivocación el trabajo para hoy, pero la brusca bofetada de la realidad es letal: no. Mira sorprendida a su alrededor como si aquello fuera una malévola broma de la vida. Toma sus cosas y las mete dentro del bolso y va rápidamente de vuelta al apartamento. Cuando cruza la esquina, un oficial de policía la detiene. Le pregunta si todo estaba bien y Elisa le responde que sí. El oficial le dice que unos ciudadanos preocupados informaron de una joven que actuaba extraño, como si estuviera bajo los efectos de alguna droga. Elisa nuevamente responde que todo está bien, que simplemente estaba teniendo un mal día. El oficial la mira de arriba abajo y tras algunas preguntas de control por si las dudas, la deja ir. El espejo del ascensor le termina de revelar las fallas de su atuendo y su cabello. Se arregla y toma la carpeta correcta. Cambia de bolso y se toma un vaso de agua. Va rumbo hacia el trabajo. Mira la hora en su celular y se alarma: 10:23 AM; hace ya casi una hora que debía estar en el trabajo.

Para un taxi que pasa frente al edificio. *–Rápido, lléveme a la oficina principal del diario La Mañana-* Le dice Elisa al taxista. *–En la noche también te llevo mamita rica-* Responde el taxista. Elisa retrocede y espera a que pase otro taxi. Pasa otro taxi; Es más decente y cortés que el primero. Toma el taxi. A mitad de camino dos sujetos en una moto apuntan con una pistola al conductor y tratan de que se detenga para despojarlo del auto. Elisa se horroriza y entra en pánico, y casi se infarta cuando el taxista responde algo a los asaltantes para luego sacar una pistola de debajo del asiento del conductor; se forma una rápida balacera como en una película de acción: el bueno, el malo y la chica en apuros. No hay heridos en ningún bando. Los asaltantes escapan y el taxista se orilla más adelante para informar de la situación a la central de la compañía. Elisa esta pálida y asustada; el taxista tranquilo y sereno: no es la primera vez que lo asaltan. A los diez minutos llega la policía y ambos involucrados en el intento de asalto dan su declaración; la policía buscará

a los delincuentes. La policía ofrece llevar a la víctima al trabajo mientras que al taxista le revisan el porte de arma y lo buscan sus antecedentes en el sistema.

A pocas cuadras del trabajo repica el celular de Elisa. Mira el número y palidece. Su mundo se eclipsa; se devasta su ser y se le escapa la vida con un último suspiro: es la directora quien la llama. Contesta con timidez. *–Buenos días S-señora Benítez, que agr...* La jefa de jefas no deja que termine; es directa y le da el ultimátum *–Señorita Gutiérrez, buen día. Espero no molestarla. Sé que hoy está preparando un buen material para la publicación de mañana y que no podemos distraerla en tan delicada investigación, pero quisiera saber –me pica la curiosidad- si podría darme un pequeño adelanto sobre de que va a tratar su propuesta-*. Elisa siente el sarcasmo en cada letra de aquellas duras y mordaces palabras, tanto, que si se derramara una gota de sangre en este momento saltarían como tiburones. *–B-bueno... yo tengo... ya estoy llegando a la oficina. Le mostrare...-.* *–Tranquila señorita Gutiérrez. Sé que prepara algo digno de este prestigioso diario. No la seguiré molestando; siga en sus deberes y mañana me muestra la gran maravilla que con tanto esmero ha estado trabajando en los últimos días-*. La jefa cuelga la llamada. Elisa queda petrificada.

Llegan frente a la oficina principal del diario La Mañana y Elisa da las gracias al policía. Este se va y ella lo ve alejarse hasta que se pierde en el horizonte, anhelando poder perderse ella también. Es obvio que la jefa le ha dado el día "libre" como tortura previa al despido; así que no tenía sentido presentarse a la oficina. Su investigación de estos últimos días no servirá para salvarla. Necesita pensar en algo lo suficientemente bueno que haga que a la jefa se le caigan hasta las pantaletas. Pero ¿qué podría ser? Las últimas "grandes" ideas que tubo no fueron del todo grandiosas, y su gran primicia se fue a la basura por culpa de Margot; la maldita de Margot...

Camina cuatro cuadras hacia la calle Doral y gira dos cuadras hacia la derecha, rumbo a la plaza El calvario.

Se sienta en unos de los bancos de la plaza. Mira por un rato los autos que pasan; luego a los transeúntes y por último los diferentes locales del lugar. Escucha el viento pasar por entre los arbustos de la plaza; las pisadas de las personas que van pasando tras de ella; la salsa erótica de la 83.3 FM en la pequeña radio de un vendedor ambulante. ¿Qué podría presentar para mañana? A pesar de que tenía frente a ella una gran variedad de opciones, sabe que ninguna es adecuada para la futura ocasión. Tenía que pensar en algo ya, y así lo hizo. Pasó un largo rato pensando. Ya era la 1:00 PM, pero Elisa no tenía ni hambre ni sueño ni nada, solo ganas de pensar. Pensar y ser parte de la banca de madera.

Pensar y ser una extensión más de la plaza El Calvario.

- ¡¿Es que no lo entienden?! ¡Estamos todos enfermos! ¡Si solo vieran a su alrededor se darían cuenta de que el final es inminente! ¡Todos somos un montón de carne putrefacta! ¡Somos los desechos de la bestia! ¡Porquería! ¡PORQUERÍA!

Elisa voltea hacia la izquierda y ve que viene el viejo loco Pepe, vociferando como siempre sobre sus locuras apocalípticas.

- ¡Llegara el día que todos se den cuenta de lo que somos, pero será tarde para hacer algo! ¡Cuando empiece no habrá a donde correr ni esconderse! ¡Cuando empiece, nos tragara a todos! ¡Cuando empiece! ¡Cuando empiece...!-

A Elisa le causa gracia aquello y se le escapa una sonrisa. Aquel pobre viejo le hace ver que no es la única que la está pasando mal, y eso en cierta forma la reanima un poco. Siempre se ha preguntado cómo es que Pepe terminó de ese modo y hasta el día de hoy aun le come la curiosidad. Una vez trato de entrevistarle, pero no pudo sacar nada que pudiera servir para el diario o siquiera para conocer un poco más de él; solo desvaríos de un pobre viejo senil y enfermo - *"...Llueve al ver la hormiga mi cama, pero me levanto y busco rápido que comer para servirle su ropa al Joven Lucían..."*- o salía con cosas como las de ahorita - *"... ¡Yo lo he visto! ¡Se la verdad! ¡No se imagina la impresión que nos llevamos cuando todo cobró sentido ante nuestros ojos! ¡Las señales son tan evidentes que nadie las toma en cuenta! ¡SE LO QUE ES! ¡YO LO HE VISTO! ..."* -.

Hace tiempo atrás se imaginó corriendo por la calle, con un par de harapos y sucia de la cabeza a los pies lanzando gritos a cualquiera que se le cruzara por el camino. Fue algo un poco extraño imaginarse a ella misma como toda una loca en plena ciudad corriendo, gritando, maldiciendo, registrando en la basura en busca de que comer o pidiendo dinero para comprar alcohol; o simplemente tirada en la calle, durmiendo o haciendo alguna locura de locos. Quizá un día de estos quede loca como Pepe; con todo lo que le ha pasado en estos últimos días no le extrañaría que... - *¡ESO ES!* - Súbitamente se levanta del banco y la idea se incrusta en su mente. Sus ojos brillan con el fulgor de la inventiva y su cerebro empieza a trabajar ante el nuevo proyecto. - *¿Cómo no se me ocurrió antes? ¡es completamente genial!* - Una ferviente emoción crece poco a poco dentro de ella y una motivación inquebrantable la invade por completo. - *¡Oh señora Benítez, mañana tendrá en sus manos lo mejor que le ha podido pasar al diario en todos estos años! ¡y ni piense que no me va a recibir o va a despreciar mi trabajo, porque entonces me va a conocer!* - Elisa se dirige a la parada de autobús más cercana y espera con impaciencia a que llegue el que necesita. Mira intranquila el reloj y mira hacia la calle. No llega el autobús. Quiere empezar ya y callarles la

boca a todos con lo que está preparando. Vuelve a mirar reloj y le da la impresión de que las manecillas han retrocedido. No llega el autobús. Saca su celular y mira la hora. está bien; si ha avanzado el tiempo, pero el autobús no llega. Imagina diferentes encabezados del titular y la emoción la vuelve loca. No llega el autobús. - *¿Por dónde empezare primero?* - Se acerca un autobús. Elisa se emociona. Ese no es el que necesita. Se enfada. Vuelve a mirar el reloj. El autobús no llega. La biblioteca Septiembre parece ser la primera opción por ser la más grande de la ciudad; es muy seguro que consiga bastante material sobre lo que tiene en mente. Ve que se acerca un autobús. Agudiza la vista y este es el que necesita. Espera a que llegue. El conductor quita el letrero. Eso la confunde y pregunta si está trabajando. El conductor le responde que no. Elisa ya no aguanta. Va hacia la esquina a esperar un taxi, no sin antes pensar en lo sucedido horas atrás. Pasa un taxi. Saca la mano para que se detenga. - *¿Para donde la llevo?* - Pregunta el taxista. - *A Rivera* -. Responde Elisa.

Aborda el taxi y va a la lejana ciudad.

Capítulo 4

La gran casa de campo, bulliciosa y llena de vida, es ahora un lugar de lamento y silencio. Solo se escuchan los pasos de sus habitantes yendo y viniendo a lo largo de tan antigua morada. Muchos ya estaban reunidos en el patio trasero esperando a que comenzara el velorio. Otros, aún se paseaban por los alrededores, contemplando los bellos jardines a su paso o perdiéndose dentro de la gran casa. Había quienes aún no podían creer lo que había pasado, mientras que otros ya se resignaron a la pérdida. La hora se acercaba y poco a poco el patio se empieza a llenar de personas. Familiares, amigos y conocidos son los que integran el grupo

A medida que se acerca el momento, son pocos los asientos que quedan vacíos y más los murmullos que rondan por el lugar. Se va acercando el cura al pulpito preparado para su sermón. Los asientos están todos ocupados y los murmullos van cesando.

Llega la hora.

El cura se prepara y empieza a dar rienda al oficio velatorio preparado para hoy. El solemne sermón trata sobre el difícil momento por el que pasa una persona cuando un ser querido le abandona y de cómo tratar de superar dicha pérdida; no pensando en su muerte sino en los momentos felices que otorgó en vida. El discurso es inspirador. Hay que aceptar que la muerte llega en algún momento de nuestras vidas y que es una difícil etapa cuando alguien cercano muere. Simplemente es parte de la vida. Pero no importa que tanto se explique, ayude, trate o apoye en ese momento, hay veces que no se puede aceptar tal hecho, y mucho menos ante semejante tragedia.

Pobre Gladis...

Las palabras, la brisa, el canto de los pájaros, el agua corriendo por la fuente, el llanto de alguno de los niños; todo sonido le llega lento y lejano. Su alrededor, lleno de movimiento segundos atrás es ahora una imagen congelada en el tiempo. Nada se mueve. Las palabras del cura no son suyas sino de alguien invisible, imitándolo. ¿Cómo podría el cura estar hablando si está congelado como una pintura? Es alguien quien habla por él, pero a Gladis no le importa. De hecho, nada de lo que está pasando allí le importa, así que ¿Qué más da si el cura o no es el que está hablando? Si ella está allí es por protocolo, por mostrar que la familia es fuerte -que ella es fuerte- pero la verdad es otra: no quiere estar allí.

Unos cuantos metros a la diestra del cura se encuentran los tres ataúdes.

Son del mismo modelo y color, con la diferencia que dos de ellos son más pequeños que el tercero. El solo verlos le produce mareo y vértigo. No lo

soporta y posa la mirada en los grandes árboles que se encuentran a los límites de la propiedad. Y allí deja la mirada, clavada en aquellos árboles que son más viejos que ella. Ojalá conociera el lenguaje de los árboles para poder hablar con ellos y escuchar sus anécdotas, y no aquellas palabras carentes de sentido que llegaban de algún lugar. Siente como si algo la tomara del brazo izquierdo, pero al voltear no ve que es porque el tiempo aún sigue detenido. Todo sigue igual. Aquella cruel broma del destino sigue igual a cuando empezó. – *Mi niña, es mejor que vayas a descansar un poco* -. La voz le es familiar. De súbito se percata que muchos de los allí reunidos la están mirando; algunos de ellos con preocupación. Todo a su alrededor cobra movimiento otra vez, lo que la hace sentir confundida, como si se distrajera al ver una película y se perdiera el salto de una escena a la siguiente. – *Ven. Te acompaño* -. Ve a su acompañante: abuelita Margarita. Tan viejita, tan sabia, tan cómplice, tan abuelita. A diferencia de todos los demás ella no le dio el sentido pésame cuando se enteró de lo sucedido, sino que fue directo a abrazarla y le dijo al oído – *Llore mi niña. Llore hasta que no le quede ni una sola lágrima más en el alma* -. Y se quedó con ella hasta todas esas horas interminables de llanto y dolor, hasta que ya no le quedaban lágrimas. Ella sabía por lo que estaba pasando porque ya había perdido algunos de sus seres más queridos en el transcurso de su larga vida, y sabía lo que era ese sentimiento. Así que nuevamente le hizo caso y se fue con ella.

A cada paso que daba veía en algún rincón del lugar un recuerdo de sus hijos. En uno vio cuando paseaba con el pequeño Eduardo entre sus brazos. Tenía cinco meses de edad para ese entonces. Al pasar por el jardín recordó cuando su esposo le explicaba a los pequeños Eduardo y Mariano cuales eran las rosas y cuales los lirios. Al llegar Al frente de la casa sonrió cuando abuelita Margarita, sentada en una vieja mecedora que ya no estaba allí, le contaba historias a los ya grandecitos Mariano y Eduardo. En pleno recibidor recordó cuando le dio a su esposo la noticia de que estaba por segunda vez embarazada. Aquello fue un momento muy feliz. Alonzo su esposo, la abrazó fuerte y la levanto unos momentos en el aire, feliz de que la familia se hacía cada vez más grande. Esa noche hubo una gran cena para los familiares y empleados del lugar. Fue realmente un día feliz.

Pero aquellos recuerdos y fragmentos fugaces se fueron perdiendo a medida que subía al piso superior de la casa. Arriba fue donde ocurrió todo, y lo que veía ahora eran sombras y penumbra en los rincones de la vieja morada. Abuelita Margarita la llevó a su propio cuarto y no al de siempre; sabía que era mala idea llevar a Gladis cerca de donde ocurrió todo y evitar que reviviera una vez más lo que había pasado. La sentó en la cama y le quito los zapatos, luego la acostó y le acaricio el cabello. Gladis cerró los ojos y trato de conciliar el sueño, pero apenas escuchó que abuelita Margarita se iba, la llamo y le pidió que se quedara con ella. La miró con ternura. Se veía frágil y desprotegida allí, sola en aquella cama, así que sin pensarlo dos veces se acurrucó a su lado y la abrazó.

Ninguna dijo nada. Solo cerraron los ojos y se abandonaron a los brazos del sueño, que llegó rápido a calmar el triste espíritu de la afligida Gladis. Abuelita Margarita también estaba triste y destrozada por la pérdida de sus dos nietos y de Alonzo, y el sueño también la invadió.

Poco a poco van pasando las horas, y Gladis siente que ya el sueño va desapareciendo. Aprovecha los últimos momentos de este para refugiar sus pensamientos en la lejanía del mundo onírico hasta que finalmente el sueño la abandona, con lo que la abatida mujer regresa al mundo real. Completamente despierta se prepara para afrontar lo que queda del día, pero apenas posar la mirada en la ventana frente a ella y mirar al exterior, nota algo extraño en el ambiente. No sabe que es, pero no hay duda alguna de que algo ha cambiado en la habitación. Voltea en busca de abuelita Margarita, pero ya no está. Se asoma por la ventana en busca de algún indicio que le indique como van transcurriendo las cosas con respecto al velorio, y se da cuenta que no solo en la habitación hay un cambio extraño, sino que afuera también. Es difícil explicar que es porque a primera vista todo parece estar en su lugar; ha vivido por ocho años en ese lugar como para no saber que algo pasa. Se coloca sus zapatos y va a la puerta. Apenas tocar el pomo la sensación se acrecienta, y empieza a intuir que es lo que ha cambiado. Cuando sale de la habitación confirma su sospecha: aquella casa a dejado de ser parte de ella: es parte de algo más.

Camina con precaución por el corredor hacia la escalera principal. A cada paso que da se siente amenazada, como si la casa hubiera cobrado vida y la estuviera acechando con unos ojos invisibles que la siguen fijamente. Cuando llega a la escalera se percata que no hay nadie por los alrededores, cosa que la extraña mucho, ya que hasta hace unas horas había bastante gente por el lugar; puede que el velorio aun no haya terminado y todos estén reunidos en el patio trasero. Pero si ese fuera el caso, ¿Dónde está el personal de seguridad? ¿Dónde están los niños que huyen de la aburrida reunión y corretean por el lugar? ¿Qué está pasando? Baja y sale de la casa. Los alrededores también se sienten hostiles. Tiene la sensación que de un momento a otro algo va a saltar de la nada para atacarla. Con cautela se dirige al patio trasero en busca de alguien, no sin antes armarse de valor. A medida que se acerca, la amenaza crece, y poco a poco la hostilidad se va haciendo más que palpable. Todo lo que la rodea va tomando un aspecto decadente, marchito, como si hubieran pasado un par de años en pocas horas. La grama, los árboles, la fuente, el jardín de flores, la casa, todo se ve viejo y ruinoso; incluso la luz del día va tomando un aspecto mortecino, de tono mohoso. La brisa tampoco escapa al deterioro; arrastra consigo un sutil aroma a carne descompuesta. Lo que parecen horas interminables de angustioso recorrido concluyen con éxito al llegar a su destino, aunque la misión es todo un fracaso: allí no hay nadie. El lugar está completamente desolado. De pronto, a unos metros más allá del pulpito, los tres ataúdes que alguna vez reposaron en paz sobre sus fuertes bases, se desploman

con estrepitoso estruendo hacia suelo. La soledad del lugar incrementa el macabro sonido en todas direcciones, transformándolo en un eco rotundo que se pierde en la lejanía. Aquello hizo que le saltara frenéticamente el corazón, y más todavía cuando ve que uno de los ataúdes pequeños empieza a abrirse lentamente. De la lejanía regresa el macabro eco, esta vez con murmullos y fríos susurros. La luz mortecina se va opacando y toma un aspecto más lúgubre y oscuro; los alrededores se van sumergiendo en sombras tenebrosas que invitan a lo siniestro y lo oculto. El sarcófago profanado por aquel lugar hostil se termina de abrir, pero nada sale de él. Gladis retrocede.

El paso de los años se hace presente en un avance vertiginoso como si esta vez se vinieran encima décadas enteras. los toldos para proteger a los invitados del sol, las sillas, el pulpito, los arreglos fúnebres, la fuente, los ataúdes y la parte occidental de la casa colapsan a causa del visible deterioro, dejando en el aire un sonido como del trueno. Nuevamente se produce el efecto del eco, desapareciendo instantes después en la lejanía, pero apenas desaparecer, se forman en el lúgubre cielo nubes de tempestad. Se arremolinan entre si causando una espiral de negrura dentro de la que se forman rayos y centellas. Sin pensarlo dos veces Gladis corre a refugiarse en la derruida casa. Ya los alrededores son una parodia espantosa de lo que alguna vez fue una hermosa casa de campo de bellos alrededores; era ahora el cubil de lo siniestro. Pronto llega lo presagiado por las nubes, y la casa es azotada por un fuerte vendaval que hace que crujan los cimientos mismos de la morada. El agua golpea con fuerza el débil techo; parte de este va colapsando en diferentes lugares, dando paso a pequeñas pero firmes cascadas de agua; agua que es salada y no dulce como de lluvia. La casa no es para nada un lugar seguro; no por el hecho de que se le esté viniendo encima a Gladis; tampoco porque sus alrededores sean la encarnación de una pesadilla, sino porque la casa misma está viva.

La fisonomía de madera y concreto de la hermosa casa de campo pasa a ser ahora una amalgama de carne y venas palpitantes. Las paredes se retuercen y flexionan como un viscoso musculo en movimiento; del techo ya no caen pequeñas cascadas de agua sino una baba maloliente y espesa; las antiguas bases son un amasijo de carne que se mueve erráticamente; las ventanas son abultados ojos que giran en todas direcciones hasta que cada uno de ellos se posa sobre Gladis. Pronto el recibidor y gran parte de la planta baja de la casa se transforma en lo que parece ser una enorme y grotesca boca con túmulos de dientes en filas desordenadas a lo largo del lugar. Aquello es el horror en toda su expresión.

Se gira y huye aterrada de aquel lugar, pero choca contra una puerta que le impide el paso. Mira en todas direcciones en busca de una dirección segura por la cual escapar, pero para su sorpresa la casa ya no es un horripilante monstruo asediado por una fuerte tempestad. De hecho, es

tal y como la recuerda antes de caer en esa terrible pesadilla. Tras calmar un poco sus nervios desbocados trata de discernir en que parte de la casa se encuentra. Está en el corredor éste de la planta alta de la casa. Se recuesta de una de las paredes y espera a que se calme por completo, rogando despertar de aquella pesadilla. Poco a poco la puerta que le impidió su escape se abre con un chirrido pesado y molesto. Gladis da un grito largo y de angustia al ver nuevamente lo que la devastó el día de la fatídica tragedia: los cuerpos sin vida de su esposo y sus hijos al ahorcarse. - *¡Despierta!, ¡Despierta!* -. La voz de abuelita Margarita la saca de la pesadilla.

Pasa un rato antes de darse cuenta que efectivamente esta despierta. Hay gente dentro y fuera de la casa y no está esa sensación de amenaza constante que la acechaba en el horrible sueño. El tiempo es cálido y agradable, y la bulla de los niños al jugar la reconforta. Es como si hubiera nacido otra vez.

Desde una de las ventanas de la planta alta, abuelita Margarita observa a Gladis. Está asustada y nerviosa. Se toma el pecho como si el corazón se le fuera a salir y suda frío por toda la frente. No se lo dijo y nunca se lo dirá, pero ella también tuvo una horrible pesadilla, una pesadilla casi igual que la de Gladis, con la diferencia de que abuelita Margarita era una espectadora. Lo peor y más terrible de todo aquello era que esa pesadilla fue real, y lo sabe porque en sus manos está la prueba...

Capítulo 5

- *Hoy es el velorio. ¿Deberíamos ir y seguir investigando?* – Pregunta Muñoz mientras revisa con cuidado los titulares del periódico de hoy. – *Esperemos hasta mañana* – Responde Rafael. Luego de casi una hora, la espera y el calor empiezan a causar efecto en él. – *No sé a quién se le ocurre conducir un semirremolque por estas calles tan estrechas. Sería todo un milagro llegar a la avenida sin llevarse por el medio algún poste o algún transeúnte* – Las gotas de sudor se deslizan por su frente y le hacen lamentarse el no haber tomado otra ruta. Muñoz por su parte pasa las hojas del periódico en busca de un encabezado que le llama la atención – *El alcalde ya está moviendo sus influencias respecto al caso. El, al igual que otros, piensa que fue un homicidio y no un truculento suicidio* – Consigue el encabezado que buscaba – *Es posible. Aunque según lo que recolectamos en la escena no demuestra ni lo uno ni lo otro. Raro, ¿no?* – Rafael aprieta varias veces la corneta, tratando de que por algún místico decreto la larga fila de autos se aparte de su camino. – *Si, muy raro. La poca evidencia recabada no apunta a nada en concreto. Lo más sólido hasta el momento son los pasos que se escuchaban en el salón. Pero, ¿Qué podemos sacar de ello? Según la señora Dolores, escuchaba cada cierto tiempo pisadas apresuradas dentro del salón, como si corretearan de un lugar a otro, pero la otra ama de casa, Micaela Gonzales, dice que cuando limpiaba el corredor en el que se ubica el despacho, no escucho nada salvo el ruido de algo que golpeaba secamente contra el suelo, como un libro o algo así* – Decía Muñoz al dar una rápida ojeada a su pequeño block de notas que llevaba en el bolsillo de su camisa. – *Hora de muerte según la autopsia realizada a los tres individuos: tres y treinta de la tarde. Coincide con la hora en que los testigos interrogados se encontraban trabajando cerca del lugar del hecho. Con la información que tenemos respecto a la rutina diaria de la casa, ese día en particular no hubo tanto trabajo como para que todos estuvieran tan ocupados y no se percataran de que algo ocurría en el despacho; más bien fue un día tranquilo que transcurrió con normalidad. Alguien más tuvo que escuchar o ver algo* -. Muñoz volvía al encabezado que le llamó la atención y lo leía con cuidado. – *Este caso ya está dando que hablar tanto a nivel nacional como internacional; tratándose de una familia de dinero y un poder bien acentuado en toda la isla y parte del mundo no es de extrañar que quieran que el caso se mantenga lo más discreto posible* – Un atisbo de esperanza surge en los ojos de Rafael al ver que la fila de autos empieza a moverse. El carro va andando lentamente por la calle hasta que finalmente logran dar a la avenida.

A mano derecha, ubicado en una gasolinera a veinte metros de la salida a la avenida, se encuentra aparcado un semirremolque, aquel que causo el molesto congestionamiento en la pequeña calle. Dicho vehículo se había averiado, y no fue hasta hace rato que una grúa lo pudo remolcar, pero por motivos aún desconocidos, la grúa también se averió, y según la vista

preliminar de los mecánicos de la gasolinera, presenta el mismo síntoma que el semirremolque averiado...

El par de detectives se dirige rumbo a la jefatura. Presienten que hoy será un día turbulento y ajetreado. Ya han pasado tres días desde que la familia Contreras fue golpeada por la tragedia, y hasta la fecha, aún no hay pruebas concluyentes que indiquen exactamente qué fue lo que sucedió. Para complicar más el asunto, el difunto Alonzo Contreras era hermano de Víctor Contreras, alcalde de Rivera, y ha estado constantemente sobre el cuerpo policial para que se esclarezca el caso. A eso hay que añadirle que el departamento policial en general ha estado bajo la mira y el escrutinio público más que nunca debido a una serie de casos aún sin resolver. Poco a poco esos casos se han ido acumulando y, tal como sucede con el caso actual, no hay algo que indique exactamente qué fue lo que sucedió en ellos. A estas alturas, lo último que quieren los detectives Jorge Muñoz y Rafael Urdaneta es que los doce millones de personas que habitan la isla estén pendientes de sus movimientos. ¡Qué mala suerte el que les haya tocado este caso!

Tal como lo pensaron: las inmediaciones del precinto policial están plagadas por la prensa y por miembros de un reciente grupo de "ciudadanos preocupados" llamado Resistencia y verdad, miembros que (según ellos) se oponen a las mentiras del cuerpo policial y expone la verdad al público. Para Rafael no son más que un grupo de viejas sin nada que hacer que buscan llamar la atención con su grupo de nombre poco imaginativo, y para Jorge son un pintoresco grupo de personas intentando jugar a policías y ladrones. Llegan al estacionamiento de la jefatura. Como sospechaban, la prensa y las "viejas sin nada que hacer" conocen el color, aspecto y matrícula del auto de los detectives encargados del caso Contreras. A penas salir del auto, una marea de personas los rodea y se inicia una cacofonía de preguntas que se mezclan unas con otras. – *¿Es cierto que el esposo se suicidó junto con sus hijos en venganza por descubrir a su mujer en un romance con otro hombre?!; ¿Se habla del asesino de la cuerda ¿este caso está relacionado con las otras muertes en las que los fallecidos fueron encontrados ahorcados?!; Esclarezcan los hechos y cuéntenle a los ciudadanos como avanza el caso!; ¿Se trata de un ajuste de cuentas! ¡Claro, como es un secreto a voces que esa familia trafica con drogas, quieren que el caso se resuelva lo más pronto posible y ya están montando todo un show para tapar la verdad!; ¿Se presume que el autor del hecho es la esposa del fallecido y que en las próximas horas se anunciara por televisión, ¿puede corroborar la información?! –*

A medida que más avanzaban rumbo hacia la entrada de la jefatura, más alocadas y extravagantes se volvían las preguntas e hipótesis respecto al actual caso. Aquello serviría de tesis para algún psicólogo que buscara como tema el comportamiento e histeria de las masas. Fascinante,

aunque desconcertante. –*iSin comentarios!* – Respondía Rafael a todo lo que le preguntaban mientras se movía con dificultad entre la marea de personas. – *iEn su precinto solo hay un montón de incompetentes y corruptos! iMire la fecha y aún no han sacado nada a la luz pública! iIncompetentes!* – Sin mirar a la responsable de aquellas palabras, Rafael prosigue su maratónica travesía – *iVallase al carajo señora!* – Por su parte, Muñoz era arrastrado lejos de su compañero en una vorágine de confusión y disparates. Para calmar aquellas pirañas, dijo en voz alta que el jefe de departamento se encontraba en ese preciso momento dando declaraciones respecto a este y otros casos a la entrada del estacionamiento. Las pirañas voltean en busca de aquella jugosa presa; mordieron el anzuelo. Muñoz aprovecha la distracción para abrirse paso por la entrada trasera de la jefatura. Por la parte frontal y tras una campal travesía, Rafael llega finalmente a la entrada de la jefatura, dando una última declaración apresurada – *iSin comentarios!*

Dentro, la mayoría del personal trabaja en el caso Contreras mientras que el resto se enfoca en otros casos “menos” importantes. Si hoy no se descubre algo sólido que haga avanzar al caso, entonces la jefatura pasará a ser un caos.

A pesar de que muchos en ella no lo admitan, la prensa tiene algo de razón respecto a los casos. Algunos de ellos no se han podido resolver- y es completamente cierto- pero no por incompetencia del cuerpo policial sino por lo extraño y a veces irreal de esos casos. Un ejemplo de ello es el caso de Amanda Castillo, niña de diez años que desapareció al meterse en el pequeño cuarto de limpieza en el centro comercial Las Terrazas. Las cámaras y los testigos corroboraron que la niña se metió sola al cuarto y no salió desde entonces, y los empleados del lugar se encontraban en sus puestos de trabajo a la hora del hecho. Si hubo alguien esperando dentro del cuarto para cometer algún acto delictivo nunca se sabrá, porque las cámaras, registros, testigos y evidencias no colocaron a alguien más dentro del lugar antes o durante del hecho. El cuarto se revisó de arriba abajo, e incluso se demolió parte de la infraestructura del lugar en busca de algún pasaje secreto o algo similar, pero solo arrojó que el cuarto estaba rodeado por concreto sólido. El único lugar por el que se hubiera podido escapar es por el pequeño ducto de ventilación, pero a menos que la niña o el posible perpetrador tuvieran la capacidad de convertirse en un pequeño animal volador o en humo o quien sabe que, jamás hubieran podido entrar por allí. Igual se siguieron registrando las cámaras y los ductos por si de alguna forma se hubiera llevado a cabo semejante acto de escapismo y, al igual que las experticias hechas por la zona, no arrojaron absolutamente nada. Han pasado siete meses desde entonces, y Amanda Castillo aún sigue desaparecida. Como este hay otros casos similares, donde aquellos que desaparecieron lo hicieron sin dejar rastro alguno. Incluso se pensó en una red de tráfico de personas sumamente sofisticada, pero hasta la fecha no hay nada que sostenga dicha teoría. También están los homicidios que parecen sacados de algún libro o

historieta de ficción debido a lo increíble (según la evidencia) en que fueron o pudieron ser cometidos. Son pocos los que existen, pero son tan increíbles y a veces tan mórbidos y explícitos, que se guardan con el mayor recelo posible salvo lo necesario para informar a los familiares.

Rafael va hacia la oficina. Mientras va camino a ella mira a su alrededor y se percató de que poco a poco la bomba está casi lista para estallar. Llega a la oficina, cierra la puerta y se sienta un momento a descansar. Reflexiona sobre el caso y repasa los hechos y las evidencias recabadas, pero por más que teorice al respecto no da con algo sustancioso que permita proseguir por un rumbo definido; interroga a familiares, amigos y allegados de los difuntos; reviso de arriba abajo la escena del crimen y sus alrededores; indagó en la vida privada de cada uno en busca de un motivo que llevaran a Alonzo Contreras al asesinato de sus hijos y luego al suicidio (si ese era el caso); recabo información relacionada con los hijos en busca de algún cambio notable en los últimos días antes del hecho. Hasta el momento no hay nada fuera de lo normal, tanto en el padre como en los hijos. Muñoz también ha hecho el respectivo acercamiento al caso y, al igual que Rafael, llegó a la misma conclusión: esto es un callejón sin salida. Revisa otros casos en busca de alguna similitud con este, y solo encuentra otros callejones sin salida a los que no quiere ir. Entonces ¿Qué falta? Hay algo que se está pasando por alto. Revisa las fotos del lugar y se centra primero en las ventanas y puerta del despacho, luego en los rincones de este. Si alguien asesinó a esas personas y luego preparo toda la escena para que pareciera un suicidio, debe ser alguien muy metódico. Con un arma pudo controlar al padre y en especial a los niños quienes estarían asustados ante la situación. Según el inventario que se hizo del despacho no faltaba nada, dejando la teoría del robo desechada. Un ajuste de cuentas concordaría con el móvil, pero entonces uno se preguntaría por el motivo. Las averiguaciones referentes a algún enemigo no arrojaron un perfil que hiciera pensar que tuvieran problemas con alguien ajeno a la familia, ya sea alguna organización delictiva, una compañía u agencia enemiga tanto local como extranjera. Nada en concreto, ni siquiera circunstancial. ¿Un loco desquiciado o un asesino a sangre fría? Tal vez; ropa, piel, uñas, cuerda, ventana, zapatos, suelo, acera, jardín, escritorio, libros, puerta, etc, todo lo que una persona pudiera haber tocado en dicho crimen fue revisado, y los resultados no arrojaron nada fuera de lugar salvo algunas coincidencias con el personal de seguridad y de servicio de la casa, lo que coloca a posibles sospechosos en la escena del crimen por causa circunstancial. Además, se trata de un lugar fuertemente vigilado al vivir allí familia del alcalde. Nuevamente, si se trata de un asesino, es uno muy cuidadoso. Rafael sigue repasando las fotos y el expediente una y otra vez. Nada. No hay nada que indique un homicidio. La opción del suicidio es la más viable. Y aquí todo llega a un callejón sin salida. Primero: en las manos de las víctimas no se encontraron fibras ni abrasiones que indiquen que previamente usaron las cuerdas, o guantes o algún tipo de protección para el uso de las mismas. Segundo: las pruebas demostraron que alguien

diestro preparo el nudo de las tres cuerdas. Todos los diestros de la casa tienen una fuerte coartada respecto al lugar en el que se encontraban al momento del crimen; muchos de ellos aparecen en las cámaras de vigilancia, mientras que el resto de sospechosos fue investigado a fondo y la evidencia no arrojó nada. Nada, nada, nada. Así se le debería llamar a este caso: nada. Nada conduce a nada, solo a tres personas que murieron ahorcadas en un despacho. Ni homicidio ni suicidio. Ninguna de las dos probabilidades puede ser refutada o confirmada porque la evidencia lleva a nada concluyente. Nada. Rafael se toma un momento de descanso. Respira profundo. Trata de no pensar en Nada. Organiza después de un rato el expediente. Si quiere algo en concreto deberá volver a la escena del crimen, y, aunque por respeto a la familia decidió no hacer preguntas ni investigar el día del velorio, empieza a dudar si ir o no a la casa de campo. Mejor será organizar el papeleo y esperar a Muñoz. Nada... nada... nada... Este caso debe concluir en homicidio o suicidio, pero lleva a nada, conduce a nada; es nada.

Muñoz se detiene un rato en el bebedero de agua. Toma uno de esos vasos desechables de cartón y se sirve un poco. Saluda a los guardias de seguridad que vigilan la parte trasera de la jefatura. Muestra su identificación y firma el libro de entradas y salidas para que abran la reja; protocolos del precinto. Pasa. Se cierra la reja detrás suyo. Continúa por un pequeño corredor donde dos cámaras de seguridad filman todo lo que sucede por aquellos lugares. Dobla a la derecha y sube seis escalones. Gira nuevamente a la derecha en un pequeño recodo y sube seis más. Llega al área de mantenimiento. Aquí también hay guardias de seguridad y cámaras de vigilancia. Mismo protocolo que en la anterior: identificación y libro de firmas. Por aquí las cosas son más tranquilas. El zumbido de los bombillos cilíndricos y la quietud del lugar producen una calma agradable, y a veces el eco de los pasos al andar por sus pasillos hacen pensar a veces que se está en un lugar abandonado desde hace tiempo. Pero la realidad es otra. Más allá del pasillo que conecta con el recinto principal de la jefatura, hay una población abundante de uniformados y personas de la ley. Hoy se percibe como el día límite para declarar sobre el caso Contreras; cuando se trata de gente importante, las cosas se aceleran y todo tiene que estar al día.

Lo que hace el dinero.

Al final del pasillo, pasando por alguno de los depósitos del área de mantenimiento, Gerardo el conserje viene de su ronda de limpieza por el área principal. Se ve agotado; seguramente problemas en casa.

- *Señor Gerardo, buenos días.*

- *Detective Muñoz, buenos días.*

- *¿Cómo se ven las cosas por allá?*

- *Agitadas. Recibieron dos nuevos casos: uno en una gasolinera y el otro en el pueblo de Curipete. Por lo que pude escuchar, son de esos casos que van a dar dolores de cabeza.*

- *Ese tipo de casos se están volviendo algo común por estos lados.*

- *Así parece. Hace tiempo que no sucedían estas cosas. Muños se detiene un momento. Gana tiempo antes de entrar al turbulento entorno de la jefatura. Que mejor forma de esperar que charlar un poco con alguien como Gerardo, hombre que ha escuchado infinidad de cosas interesantes en este precinto.*

- *Sé que años atrás hubo una serie de casos polémicos similares a estos. Hasta el día de hoy aún siguen sin resolverse.*

- *Si, pero fueron casos que sucedieron en un transcurso de tiempo bastante prolongado. Si la memoria no me falla, catorce casos de los que llaman "inexplicables" ocurrieron desde el ochenta y cinco hasta finales de los noventa.*

- *Se a qué te refieres. Nada comparado a la locura que se está presentando últimamente.*

- *Si. Usted me disculpara señor Muñoz, pero esto me da mala espina. Hace tiempo, cuando sucedió lo del accidente en el puente Victoria, el sargento Manuel Pereira me dijo algo que nunca voy a olvidar: "a veces me da la impresión de que hay algo siniestro en esta isla. En varias ocasiones he sentido que hay algo oculto merodeando por el pavimento; algo que observa desde las ventanas de los edificios con mirada acechante. Es como si todo tu alrededor fuera alguna especie de bestia esperando el momento preciso para atacarte". Con el paso de los años, no sé si por influencia de aquellas palabras o de algo más, he tenido una extraña sensación parecida a lo que describía el sargento. Incluso dentro de estas paredes he tenido como la sospecha de que algo nos observa a todos. – Sacando su pañuelo para limpiarse la cara, Gerardo se queda un momento pensativo mientras ve hacia el fondo del pasillo. – Ya tengo cincuenta y cuatro años y estoy consciente de que me queda un trecho por vivir, pero no quiero hacerlo en esta isla. Tomare mis ahorros, venderé la casa y dejare todo en orden para irme lejos de Rivera. Me dirá supersticioso, pero tome mi consejo en serio: cuando pueda, vallase de esta isla. Hay algo malo aquí, y le aseguro que no soy el único que piensa eso. – Guarda su pañuelo, le da una palmadita a Muñoz y se dirige al cuarto de limpieza en busca de algunas herramientas para arreglar el aire acondicionado del tercer piso. Mientras se aleja, Muñoz lo observa por un rato hasta que abre una de las puertas del lado izquierdo y se mete en busca de sus herramientas. Por algún motivo, Muñoz siente que aquello es*

más que habladurías de un hombre vivaracho como Gerardo, y eso se debe a que cuando era pequeño, Muñoz presencio algo que nunca pudo explicar y que se relacionaba con la ciudad misma. Pero este no era momento para recordar asuntos fantásticos ni leyendas locales. Era momento de enfocarse en el caso y el papeleo del día.

Rumbo a la oficina, Muñoz piensa en nuevas formas de cómo abordar la investigación, y al llegar a la puerta de la oficina se le ocurre algo que podría ayudar. Abre la puerta y ve a Rafael reclinado en su silla, mirando lo que parece ser una foto. Esta pensativo, con la mirada fija en aquella foto mientras que con su dedo pulgar da pequeños círculos sobre la superficie del objeto, como si tratara de discernir algo que solo el tacto podía revelar. Muñoz Pasa y va a su escritorio. Deja su saco en el respaldar de su silla y se sienta. Busca algunos papeles y les da una mirada rápida. *-Se me ocurre algo con esta investigación.* – Rafael no responde. *- Vallamos y revisemos lo casos clasificados. Es posible que encontremos algo que nos de alguna pista.* – Rafael ve por algunos segundos más aquella foto y luego la regresa al lugar que pertenece. *- Estaba pensando si ir hoy o no a la casa de los Contreras, pero un cambio de perspectiva puede ser lo mejor en estos momentos. Creo que este caso me está empezando a afectar.*

- Ni que lo digas. Yo no duermo bien desde que empezó todo esto.

- Vamos. Veamos que sorpresa nos depara el tan siniestro "cuarto del coco".

Dejando todo en orden en sus respectivos escritorios se dirigen al tercer piso de la jefatura, rumbo al archivero de los casos aún por resolver. Pero no iban a por los casos mundanos del día a día que quedaron relegados a una caja de cartón o un frio estante por alguna u otra razón. No. Iban a sumergirse en aquellos casos tan sorprendentes como siniestros. Mientras van subiendo por las escaleras, Rafael aún pensaba en la foto: Habría jurado que los cuerpos sin vida de los Contreras lo estaban mirando directo a los ojos.

Capítulo 6

El viaje fue rápido; apenas duro unos quince minutos. El calor se intensificó un poco, pero hacia una brisa refrescante. Posiblemente llueva en la noche.

Rivera, ciudad llena de vida, movimiento, color, ruido, verdor. Todo un viaje tanto por su interior como en sus alrededores. Rivera, la ciudad donde todo es posible; la ciudad más grande y la capital de toda la isla. Es la que tiene un poco de todo: desde pequeñas lomas y montañas hasta una selva llena de vida, por la que pasa un pequeño río que nace en las grandes cordilleras del Redentor y desemboca en el mar. Sus altos edificios y su panorama urbano la hacen la ciudad ideal para aquel que guste de la vida citadina. Pero que no lo engañe su fuerte y sólido concreto; Rivera confluye en armonía con los parajes campestres que la rodean. ¡Oh sí! Rivera es una ciudad actual en todo el sentido de la palabra, pero en sus afueras se esparcen grandes extensiones de terreno verde, protegidas por una serie de montañas y lomas que rodean a la ciudad en un anillo natural. A todo esto, se le añade la selva del Cecán, cuya extensión es de treinta y dos kilómetros cuadrados y se ubica a siete kilómetros de la salida sur de la ciudad. Si no fuera porque mañana debe presentar el trabajo de su vida, pasaría todo el día en la ciudad, paseándola y recorriéndola hasta altas horas de la noche, pero está aquí por razones investigativas. Cuando esto acabe, se vendrá un fin de semana y lo va a pasar en grande.

Baja del taxi y le paga al taxista. Va rumbo a la biblioteca, pero al llegar a los primeros escalones se da cuenta de que no tiene su celular. Corre como loca seis cuadras hasta alcanzar al taxi en el semáforo. Pasa casi diez minutos peleando con una señora que iba de pasajero, quien se encontró su celular en la parte de atrás; no quería devolvérselo porque según ella "se lo había encontrado y ahora le pertenecía". La fiera interna de Elisa se pasea intranquila por sus ojos. El taxista lo nota, pero la señora no. El taxista interviene antes de que esto empeore. La señora es obstinada y no entra en razón. La fiera se hace presente: un rápido movimiento arrebató de entre las arrugadas manos el tan codiciado premio. La señora se alarma como si fuera víctima de un asalto. Elisa guarda su celular en el bolso. No va a perder su tiempo con una vieja loca. Se regresa a la biblioteca. Una bandada de palomas pasa sobre ellas y se dirigen a la plaza cercana. Son lindas. Mientras pasan, desbordan sus heces sobre la pobre Elisa. Se sorprende. El asco se nota en su cara. Trata de limpiarse lo mejor que puede con una pequeña toalla que guardaba en su bolso. Unos chicos en bicicleta presencian todo de principio a fin. Se ríen y señalan a la pobre muchacha morena. Elisa reprende con la mano en alto a los vándalos, pero solo hace que se rían más de ella cuando el bochorno y la rabia no la dejan pronunciar palabras coherentes. Parecía el demonio de Tasmania, ese viejo personaje de caricaturas que daba

vueltas y hablaba con gruñidos.

Sube las escaleras y entra por el arco de madera que da a la biblioteca. Es grande, y prácticamente aquí se puede conseguir cualquier texto literario, desde cuentos hasta tesis publicadas. Hay de todo un poco, tal como en la ciudad misma. – Buenas tardes señora, soy Elisa Gutiérrez del periódico la Mañana. ¿Tiene algún material que hable sobre leyendas, mitos y cosas fantásticas de la isla? – La bibliotecaria, cuyos veintidós años de vida se los dedicó a la noble labor que presta en el actual momento, asiente con una sonrisa.

- *Hay bastante sobre el tema, incluyendo investigaciones artículos y algunas tesis comparativas entre mito y realidad. – Le dice algunos títulos que podría ayudarla.*

- *Todo eso me servirá.*

- *¿Para uso externo o interno?*

- *De momento para uso interno.*

La bibliotecaria prepara parte del material a buscar; ingresa en la computadora los datos de Elisa y luego le entrega un papel en el que hay bastante información sobre lo que quiere investigar. La bibliotecaria le da algunas señas a Elisa sobre como buscar en los estantes de la biblioteca, y luego de ver que esta entiende prosigue en sus quehaceres. Elisa por su parte, empieza su recorrido por la impresionante biblioteca. Historia del aborígen y su cosmovisión, Mitos y verdades, Pasado precolombino: estructura y jerarquía de la antigua Rivera, cuentos y leyendas para niños, la crónica del viento. Son solo alguno de los títulos que se presentaban en la lista. Elisa toma uno que otro de extenso volumen mientras que se concentra en los más rápidos de leer. No tiene mucho tiempo, ya que tiene pensado tomar parte de la tarde en tratar de entrevistar a algunas personas relacionadas con casos y sucesos interesantes que han dado de que hablar en los últimos años en la isla. De momento busca asentar unas sólidas bases con contenido teórico, y según cómo ve las cosas hay bastante material (incluido el de tipo científico) del que podrá sacar muy buena información. Después de seleccionar una buena cantidad de textos, se detiene en una de las mesas que está cerca de ella y comienza su viaje por el lado ficticio y mitológico de la isla. Lo que lee la entusiasma y le recuerda su niñez, llena de esa magia fantástica y sorprendente que solo se da en la dulce infancia.

La lectura es rápida y voraz. Los detalles pertinentes no se escapan a su mirada inquisitiva, y los menos relevantes quedan relegados a notas aparte que puede que le sirvan en algún artículo futuro. Pasan los minutos rápidamente, pero la lectura es amena y cada vez se torna más interesante que el minuto anterior: "*Se descubrieron restos humanos que*

datan del 1500 A.c. Según los objetos con los que fueron encontrados a sus alrededores (vasijas, accesorios para el cabello, algunas herramientas de algún tipo de práctica agrícola) y por la posición y marcas encontradas en los huesos, indican de que se trató de algún ritual de sacrificio, posiblemente dedicado a algún tipo de deidad de la fertilidad. Según relata Michael K. White, "puede que se trate de Mishobo, diosa de la cosecha nocturna, a quien muchos aborígenes en las inmediaciones de la gran cordillera le dedicaban sacrificios humanos en las últimas noches del año para apaciguar su ira y permitir que los cultivos siguieran siendo prósperos hasta la próxima vez del ritual". Algunas leyendas autóctonas del lugar se refieren a menudo a esta diosa como una de las cuatro deidades benevolentes del mundo Cocnuco (300 A.c – actualidad) y se le representa con cuatro cabezas de mujer (una por cada estación del año) y un gran cuerpo de cabra (algunos dicen que es de oso, otros afirman que de buey o alce) Sin embargo, aún existe el debate de que las cuatro cabezas deben representar otra cosa, ya que en la isla no se dan las cuatro temporadas como en otros países, si no que al igual que en muchos países tropicales existe la temporada de lluvia y la temporada de sequía". Interesante, quizá haga un artículo sobre la cultura indígena de la isla o de sus dioses, aunque está casi segura de que en algún momento se escribió al respecto en alguno de los artículos de los sábados. Otro pasaje interesante, esta vez de un mito: "...Y Dilák pregunto - ¿Con este barro podre moldear la compañera que necesito? - Fazu'livat respondió - Sí. Cuatro días necesitaras para que se forme lo que buscas. Durante los primeros dos días debes dejarla al sol y la luna para que se endurezca, tome forma y reciba la fuerza y la sabiduría de los vigilantes del cielo. Al tercer día debes llevarla a la cueva del Manto, para que afronte la oscuridad y no le tema más a ella. Al cuarto día debes salpicarla con el agua de la montaña más alta, para que se ablande y se convierta en carne. Luego de eso acuéstala en tu cama para que descanse y su espíritu pueda amoldarse a su nuevo cuerpo. Pero cuidado. Hasta que no se convierta por completo en carne y espíritu, no dejes que la toque ni tan siquiera una gota de agua que no sea de la montaña más alta, o puede que tengas más de una compañera, pero no como la que deseas. - Dilák siguió las instrucciones y el consejo del gran Fazu'livat al pie de la letra, y todo marchaba bien, hasta que después del cuarto día, cuando el cuerpo de su compañera reposaba en su cama, escuchó un extraño alboroto a las afueras de su choza. Alarmado, salió a ver de qué se trataba. Afuera había un mono y un jabalí discutiendo acaloradamente sobre algo. Dilák pregunto el porqué de tan semejante alboroto, a lo que el mono y el jabalí respondieron que venían siguiendo una estrella que estaba a punto de caer, y que cuando cayó, se disponían a comerla, pero decidieron que el primer bocado lo daría aquel que la tocara primero. Ambos tocaron la estrella al mismo tiempo y ahora discutían sobre quien tenía el derecho a comerla. Mientras Dilák, el mono y el jabalí trataban de resolver aquel dilema, Piloku, el dios bromista, se había posado como un pequeño pájaro rojizo sobre la choza de Dilák y empezó a picotear el techo de esta. Poco a poco hizo un pequeño agujero por el cual cayo una pequeña gota de rocío

del Alba que estaba atrapada entre la paja. Al caer, dio justamente en la frente de la compañera de Dilák, con lo que despertó antes de que se formara por completo. Su cabeza y su cuerpo comenzaron a hincharse hasta el punto en que ya no cabía en la choza y la derrumbo con su gigantesco tamaño. Siguió hinchándose e hinchándose hasta que llegó a ser más grande que la isla entera. Piloku voló hasta ella y de un picotazo la hizo estallar. Del cuerpo que había moldeado el triste Dilák, salieron miles y miles de pequeñas esporas que quedaron flotando en el aire. El Alba, quien se dio cuenta de que parte de ella estaba en aquella extraña creación, sopló fuerte para que las pequeñas esporas se esparcieran por toda la inmensa tierra, y de esa forma germinar y crecer en algo que el Alba llamo mujer...” ¡Qué bonito! Elisa se imagina a ella siendo aquella enorme cosa hinchada de la que nacieron las mujeres. El mito seguía y relataba de cómo después se formaron todos los hombres, pero era largo y, aunque bonito e interesante, no era lo que realmente buscaba. Los minutos seguían pasando a velocidad alarmante. Ella no lo sabía, pero llevaba casi tres horas en la biblioteca. A medida que leía y leía más la absorbía todo aquello. De la historia pasa a los mitos, de los mitos a las leyendas, de las leyendas a estudios antropológicos, después vuelve a los mitos, luego a la historia y a estudios comparativos con antropología, después vuelve a pasar a las leyendas, hasta que por fin consigue lo que buscaba. El lado bonito y fantástico de la lectura va quedando rezagado cuando poco a poco empieza adentrarse en el lado oscuro de la lectura.

Hace tiempo, cuando apenas tenía un par de meses de estar trabajando en el periódico, escucho “por casualidad” una entrevista que se estaba haciendo a un investigador privado. Las preguntas iban directo al punto, y quien lo entrevistaba (Laura Guillen, una redactora de la columna Encuentros) parecía haber llevado a cabo una investigación a fondo respecto al tema a tratar: Las extrañas muertes y desapariciones en la isla. Una de las preguntas al entrevistado le pareció bastante extraña, pero más extraño y perturbador fue el relato del hombre.

– Se rumora que se trata de un asesino serial, pero según fuentes confidenciales, existe la posibilidad de que sea algo más. ¿Es algún tipo de bestia o criatura la que está detrás de estos crímenes? – hay una pausa prolongada después de la pregunta. El investigador suelta un suspiro largo y apagado, y luego responde – *Por mucho tiempo se tenía la teoría de que podía tratarse de una banda muy organizada que se dedicaba a este tipo de actos delictivos. Según los análisis y experticias realizadas por los cuerpos policiales y agencias de investigación, determinaron que muchos de los casos sucedieron al mismo tiempo. Cuando investigaba el caso de La Loma por petición del padre de la desaparecida, nada tenía sentido. Era como si la pareja hubiera desaparecido sin dejar rastro alguno. Me puse en contacto con algunos amigos de la policía, y casualmente uno de ellos seguía el caso. Gracias a antiguos trabajos que realice para la policía, me dejaron participar como consultor de este caso tan extraño. Una noche, después de haber recabado toda la información y pistas posibles al*

respecto, nos reunimos para cotejar lo que teníamos hasta ahora, y la desilusión se hizo presente cuando, después de semanas de trabajo incansable, nos dimos cuenta de que no teníamos absolutamente nada que nos diera alguna pista sobre el paradero de la pareja. Tras varias horas de teorizar y sacar todo tipo de conclusiones, nos topamos por casualidad con algo que nunca hubiéramos pensado y que nos llevó por un nuevo rumbo. – Aquí el investigador se toma un momento y prosigue – Había elementos del caso que eran similares a una vieja leyenda conocida como "La pitona"; seguramente usted la habrá escuchado. – No. – Trata sobre un espíritu errante que ataca a aquellos que hieren de alguna forma a las mujeres; parte de la información del caso refleja que el novio abusaba verbal y físicamente de su pareja. Una de las evidencias que se encontraron en el domicilio era la escama de algún tipo de serpiente, que según análisis posteriores arrojaron que se trataba de material sintético, posiblemente de alguna utilería. Tras dar un giro radical de como abordar evidencia y al caso, llegamos a la conclusión que se trataba de algún tipo de vigilantes que tomaban cartas en el asunto basándose en historias o viejas leyendas. En la semana siguiente nos avocamos a otros casos sin resolver que tuvieran parecido con este. Algunos nunca se resolvieron por la falta abrumadora de pistas y evidencia que pudieran seguir llevando el caso, pero conseguimos algunos que nos llevó a confirmar nuestras sospechas: se cometieron crímenes cuyo detonante reflejaba una semejanza fuerte con las leyendas de la isla. Decidimos empezar a investigar al respecto, y revisamos mucha información relacionada con leyendas, historias, cuentos y mitos. En el fragor de la investigación, uno de los detectives que llevaba el caso se topó con el extenso trabajo de un profesor de antropología llamado Martin Phillips, donde trata un extraño fenómeno o trance por el que pasan alguna de las tribus indígenas de la isla, más que todas aquellas ubicadas en el corazón de los bosques, selvas y montañas. Según lo que relataba, estas tribus se preparaban para entrar en comunión con los dioses y espíritus de la isla, en los que estos tomaban su cuerpo y caminaban nuevamente por la tierra para explorarla, mientras que los elegidos de la tribu iban al mundo espiritual a explorar ese mundo. Cuando se acercaba la fecha de este fenómeno que se daba una vez cada veinte años, las tribus entraban en una especie de histeria colectiva en las que llegaban a realizar en varias ocasiones actos desalmados y terribles, muchas veces relacionados con sus tradiciones más oscuras (mitos, bailes, festivales, leyendas, rituales, etc.) Martin Phillips narra que en una ocasión, se dirigía a estudiar a una tribu durante ese fenómeno; se ubicaba en el Pirógo, hoy conocido como Curipete, un pueblo pesquero que se encuentra al noreste de la isla. Cuando llegó, lo que vio lo impresiono mucho: casi toda la tribu supuraba del cuerpo una extraña sustancia negro verdusca, y estaban como abotargados e hinchados; se veían deformes, y muchísimo más grandes que el humano promedio. Todos los que presentaban esas características, tenían en común (aparte del aspecto) el grabado ritual en sus cuerpos que indicaba que estaban listos para la comunión con los dioses y espíritus, y actuaban como bajo los efectos de algún alucinógeno bastante potente. La histeria

se hacía cada vez más presente, y aquellos que no estaban bajo aquella extraña influencia física le advirtieron al profesor que abandonara el lugar, porque se acercaba el día en que los dioses caminarían nuevamente por la tierra, y no era prudente que un simple mortal estuviera presente o cerca cuando eso sucediera. El profesor quería saber más al respecto; nunca había visto nada semejante en las otras tribus, y eso lo impulsó a venir el día del fenómeno a espiar desde lejos el desenlace del ritual. Cuando llegó al sitio, no encontró a nadie. Todos se habían marchado. Explora la aldea en busca del paradero de sus habitantes. Costras y restos de la sustancia negro verdusca se encontraban por todo el lugar, como si se tratara de una infección ambiental. Llamó a protección ambiental y a la policía para que se hicieran cargo. Mientras esperaba, había algo curioso en diferentes partes de la aldea. En la madera, rocas, suelo, vasijas e incluso alguna que otra indumentaria, habían grabados que se relacionaban directamente con la simbología usada para referirse a los mitos y leyendas de la isla, y debajo de cada grabado, terminaba con una frase bastante extraña para el profesor: "los cazadores han sido soltados". – El investigador toma un momento de descanso y prosigue con el relato – Esa última frase llamo enormemente la atención del detective encargado del caso, ya que en alguno de los casos que investigábamos encontraron esa frase en las paredes de la escena. Eso reafirmó nuevamente la creencia de que había un grupo que realizaba estos actos delictivos en base a leyendas e historias de la isla. Al ver que las pistas nos llevaban a este tipo de lecturas, concentramos nuestras fuerzas en bibliotecas, talleres, recitales, maestros, pasantes, profesores, todo aquello que se relacionara con el tema. Lo que conseguimos más adelante fue algo completamente diferente. – El investigador se calla, y Laura pregunta - ¿Se refiere a lo de las cuevas de Lisorte? – Sí. Es algo que me perseguirá por siempre, y es lo que me motiva a hablar de esto con usted. No quiero entrar en detalles al respecto de lo que allí sucedió. Solo le diré una cosa señora Laura, y téngalo siempre presente: cada uno de esos hechos insólitos e inexplicables que han sucedido durante tantos años en la isla, no son obra de ninguna persona y ningún animal. Es obra de la isla misma. – En ese momento el supervisor de Elisa la sorprende perdiendo el tiempo y hasta allí pudo seguir escuchando.

Durante mucho tiempo quedó con la intriga sobre el resto de aquella entrevista, pero ahora, años después, ella iba a preparar la suya propia e iba a tener a entrevistados bastante particulares, y ante sus ojos estaba el material necesario para empezar a formar sus preguntas. Parte de lo que leía parecía más a prácticas ritualistas e invocaciones de tipo pagano, alejándose mucho de lo que es un mito o leyenda. Algunas eran más que todo, historias que solo los jefes de las tribus conocían. Estas relacionaban con entidades diabólicas y siniestras que acechaban en todo momento a los habitantes de la isla, esperando el momento justo para actuar bajo su terrible naturaleza. Le parecía extraño que nunca se hubiera publicado algo al respecto para conocimiento del público, pero seguramente la

policía y los cuerpos de investigación deben tener sus razones.

Los textos eran cada vez más densos y complejos de entender, hasta el punto de que no se entendía nada de lo que se decía. Muchos estaban en lenguas aborígenes, salpicadas con tecnicismos de quienes trataron de traducir y explicar el contenido. Mas, eso no importaba a estas alturas. Ya tiene lo que necesitaba. A hora viene lo realmente interesante: las entrevistas. Elisa recoge los libros y textos que utilizo y se los entrega a la bibliotecaria quien, por su parte, emite el recibo donde queda constatado que Eliza Gutiérrez entregó los textos solicitados.

- *Gracias.*

- *A la orden. Estamos para servirle.*

- *Una pregunta, ¿sabe dónde queda el reclusorio mental Santa María?*

- *Vía los Granados, a mano izquierda antes de salir a la autopista tres.*

- *Muchas gracias.*

Al salir de la biblioteca, el panorama de su gran idea va por buen camino. El primero en su itinerario será Alberto Jiménez.

Mientras espera el autobús que la llevará a su destino, Elisa ve a lo lejos que se acercan nubes negras lo que confirma lo que había pensado antes de bajar del taxi: hoy va a llover...

Capítulo 7

"Frente a mi pasa todo tipo de gente; desde los más pobres hasta los más ricos; desde los bajitos hasta los realmente altos; desde los más simpáticos hasta los más antipáticos y molestos; los más santos y los más diablos también se asoman por estos lados, aunque los diablos son los que ganan por asistencia. No importa que tan bien o mal se vista, y tampoco lo bruto o genio que pueda llegar a ser el que pase frente a mí. Existe una realidad que los une a cada uno de ellos como si fueran hermanos pero que no saben y es posible que nunca sepan; bendita ignorancia".

"Yo también encajaría allí por una y mil razones, pero esa ignorancia que todos ellos suelen suponer apenas me miran de reojo, queda completamente desecha cuando se contrapone con lo que he visto durante mis veintiocho años de vivir en la calle. ¿Y qué es lo que usted sabe? Me preguntaría alguno de ellos. La Verdad, respondería yo. Pero no con palabras se manifestaría la respuesta, ya que perdí mi lengua hace ya más de once años a causa de la Verdad. Lo recalco: a causa de La Verdad; no por efectos de las drogas que, si bien en un momento de mi lamentable vida pasaron a ser parte fundamental de ella, no fueron la causa, así como tampoco por un momento de borrachera o una epifanía reveladora que me incito a profesar un acto exagerado de rebeldía contra alguien o contra algo. No, nada de eso: La Verdad me arrancó la lengua". Mientras mira a su alrededor, Gaetano se cerciora de que nadie este husmeando. Este es un momento íntimo en el que no quiere ser molestado por nadie; ha pasado mucho tiempo reflexionando sobre esto, y quiere que todo sea plasmado tal y como debe ser, por lo que, tras una última inspección a su alrededor le hace ver que todos están en sus asuntos y nadie se inmiscuye en los de él. Saca punta al lápiz y se adentra un poco más en los arbustos. Vistos desde afuera parecen solo un montón de arbustos aglomerados, pero en realidad es una de las moradas de Gaetano, el viejo vagabundo.

Prosigue con lo que posiblemente sea su último acto de cordura antes de hacerle frente a eso que él llama La Verdad. *"Escribo este relato para que quede testimonio de lo que habita en esta isla. Lo puedes tomar como un chiste, como un cuento mal tratado o simplemente los desvaríos de un loco, pero lo que aquí relato no es más que la cruda verdad, y ruégale a todos los santos que te protejan de encontrarte en situación semejante como en la que yo me encontré. Así que presta atención y aprende sobre lo que está escrito en estas páginas".* Tomando una pequeña pausa, el viejo vagabundo cierra sus ojos y da un suspiro largo mientras rememora lo necesario de sus vivencias en la fantástica Rivera. Abre sus agotados y sabios ojos y los baja al pequeño cuaderno en el que poco a poco se van incorporando palabras de grafito gracias al ir y venir de una mano a veces temblorosa, otras firme y en otras ocasiones, indecisa. *"Cuando caminas*

solo y de noche por un viejo sendero de tierra que te conduce hacia una humilde morada de piedra y cartón, piensas y reflexionas sobre lo dura y difícil que puede llegar a ser la vida, sobre todo si esa humilde morada es tu casa; aunque eso de tuya es debatible, ya que en la calle nada es realmente tuyo si no te haces respetar. Un día puedes llegar y conseguir que alguien más ocupa tu afable hogar, invadiendo tu espacio privado sin ningún tipo de invitación o previo permiso. Esta situación puede resultar en ciertas ocasiones en un verdadero conflicto campal, siendo el cuchillo y el filo de una botella rota los únicos jueces. Pero cuando transitas de noche aquel viejo sendero de tierra y te percatas de que el cadáver de un perro se arrastra lenta y sin explicación alguna hacia los matorrales que se encuentran más allá de ese sendero, reflexionas sobre lo confusa y terrible que pueden resultar determinados momentos de tu vida, sobre todo si te entra la curiosidad del porque sucede tan inexplicable hecho y decides encontrar explicación alguna; como yo, que decidí seguir al difunto can”.

“Lo primero que pensé fue que algún mal parido me intentaba tender una jugartera sucia para asaltarme o algo peor, por lo que decidí sacar mi cuchillo artesanal hecho de zinc oxidado y un bonito mango de caña. Maldije a lo grande y a toda voz a mi posible agresor, tentándolo a que saliera de su escondrijo y me hiciera frente. Al ver que no sucedía nada y que aquel perro seguía su lento proceder hacia los espesos matorrales, tome algunas piedras y las arrojé hacia la dirección en la que posiblemente se encontraba el malhechor. En mi cabeza pensaba firmemente que el perro era movido por medio de un cable o algo similar. Al ver que no sucedía nada, me abalance rápidamente sobre el perro para agarrar el cable y guiarme de esa forma hacia el escondrijo de la persona, no sin antes pensar que esto podría tratarse de una emboscada por parte de dos o más agresores, por lo que la paranoia empezaba a apoderarse de mí; como dije antes, en la calle nada es realmente tuyo si no te haces respetar, y aquella era parte de mi zona, así que me tenía que dar a respetar. Cuando veo que el perro no tiene ningún tipo de cable o artilugio que hace que se arrastre por el suelo, me arrojé sin pensarlo entre los matorrales y busco algo que me ayude a entender que es lo que está sucediendo, pues aquella situación acababa de pasar de muy rara a completamente extraña. Con cuchillo en mano decidí acercarme al perro – el cual era en efecto un perro muerto – y lo observé con cuidado, aun receloso de que hubiera alguien por los alrededores intentando tenderme una trampa. Volví a levantar la voz, esta vez para alardear un poco e intentar entender lo que sucedía, aun con la idea de que de un momento a otro alguien iba a saltar de entre las sombras para asaltarme, o matarme, o violarme, o todo eso junto. Pero no, nada de eso sucedió. Nadie salto de las sombras para atacarme. De hecho, en toda la noche no apareció alma alguna por los alrededores”.

“Si no fuera por las circunstancias en que encontré aquel perro, lo hubiera deshuesado allí mismo y sacarle la carne necesaria para un par de días;

soy un sobreviviente de la calle, y he sobrevivido no gracias a la caridad de las personas; hay veces que hay que recurrir a ciertas medidas para hacerlo, y comer perro es una de ellas. Tome al perro por una de sus patas traseras y una delantera para voltearlo y ver que había debajo de él, pero no había nada que explicara aquello. Confundido e intrigado decidí seguirlo para ver donde terminaba. Estaba tieso y completamente frío. No olía a descompuesto ni algún olor extraño. Tal vez fuera obra de algún idiota con aparatos a control remoto y aquello no fuera en realidad un perro muerto si no un disfraz bien elaborado que envolvía algo mecánico. Así que el próximo movimiento que decidí en aquella noche fue abrir el vientre del animal y ver que contenía por dentro. Quizá conseguiría aclarar muchas dudas con ello, pero solo conseguí develar más dudas y preguntas; aquello era efectivamente un perro muerto, con sus tripas y todo lo demás chorreando por la abertura que le había producido". La mano de Gaetano poco a poco empieza a temblar a un ritmo descontrolado mientras recuerda los acontecimientos que siguen después de lo último escrito. La brisa de la tarde se cola por entre los arbustos y, a pesar de que es cálida y agradable, producen en el vagabundo un escalofrío molesto y conocido que le aconsejan a no seguir escribiendo, haciéndole dudar de la complicada y peligrosa empresa que ha planeado durante tanto tiempo. El ruido que producen los arbustos al frotarse unos con otros a causa de la brisa hacen que su mano deje de temblar. Ese sonido, al igual que el escalofrío que siente en ese momento es molesto y conocido, porque en aquella noche junto al cadáver de aquel perro sintió y escucho lo mismo. ¿Coincidencia? No. Ella sabe... y eso lo anima a seguir escribiendo. –*Los escasos postes de luz que se encuentran por aquel viejo sendero de tierra pronto envían poca iluminación por entre la espesa maleza a la que me estaba adentrando, y ya todo aquello – entre lo que estaba ocurriendo y el escenario en el que me encontraba - deja escapar los últimos vestigios de lógica que puede generar mi ignorante conciencia. Ya las teorías de emboscadas y ladrones se van difuminando en el horizonte, plasmando ahora entre la nebulosa de mis teorías la magia negra y los fantasmas. Mientras todo tipo de supercherías asaltaban mi mente, mis ojos se mantenían clavados en el cadáver profanado de aquel pobre animal, y poco a poco mis sorprendidos ojos eran testigos de una escena dantesca y escalofriante al ver como se seguía moviendo por entre la maleza, dejando un rastro de sangre y misterio detrás suyo. Ya para ese momento era mejor abandonar todo aquello y dirigirme rápidamente a la casa de cristo para expiar mis pecados y persignarme hasta que se me cayera la mano porque definitivamente aquello que sucedía era obra del mismísimo diablo. Aparté mis ojos del perro y salí de los matorrales para volver al sendero. Di un último vistazo a donde pocos segundos me encontraba; me persigné y luego corrí por el sendero, tratando de esa forma olvidar lo que había visto".*

"La brisa de la noche llegaba fría y penetrante produciendo en mi cuerpo una sensación malsana, como si de pronto fuera víctima de una enfermedad que de un momento a otro revelaría lo peor y más cruel de

ella. El sonido de la maleza los arbustos y los arboles al mecerse por causa de la brisa hacía que mis sentidos me jugaran jugarretas pesadas, produciendo en mi la sensación de que la naturaleza intentaba comunicarse conmigo, pero no para decirme algo agradable o que me reconfortara por la anterior experiencia; nada de eso, intentaba herirme con improperios y burlas sacadas del mismísimo infierno. Aquello parecía un desfile de susurros ininteligibles, y a causa de los juegos de luz – o al menos eso quise creer – creados por el ahora fuerte batir del viento contra los postes de luz, daba la impresión de que los árboles se acercaban poco a poco hacia mí con intenciones amenazantes”.

“Alarmado por tal situación, corrí sendero abajo para escapar de aquel horror, lo cual funciono por un momento hasta que me tope con un nuevo pero conocido horror: había regresado a los matorrales donde hasta hace pocos minutos había estado, con la diferencia de que esta vez me encontraba más profundo en la maleza y ya no había perro; al menos no en el lugar que debería estar”.

“Por entre la maleza y a un metro de distancia al frente de mi podía ver al perro. Estaba parado en sus cuatro patas y me miraba como extrañado y taciturno. Aquello era el colmo de la magia negra. Aterrado, decidí correr en cualquier dirección con tal de salir lo más pronto posible de aquella espantosa situación, no tanto por la imagen del perro muerto que ahora estaba de pie al frente mío, sino más que todo por la maleza en sí; el viento soplaba fuerte y el sonido que se producía en los matorrales era en muchos aspectos demencial, casi que fuera de este mundo, y definitivamente el sonido en si era un conglomerado de voces ininteligibles intentando dañarme de alguna manera. La sensación del lugar también era ajena a todo lo que yo conocía y hubiera sentido antes; era como si aquella maleza que chocaba violentamente contra mi cuerpo no fuera tal cosa sino decenas de lenguas lamiéndome para identificar que era aquello que corría entre ellas”.

“Pasé por lugares completamente desconocidos para mí y me adentre en parajes distintos y extraños a los que yo hubiera visto en toda mi vida. Era como si a medida que fuera corriendo me estuviera adentrando en otro mundo, uno terrible y extraño que asemejaba a una escena marina tétrica y malsana; el cielo ya no era aquel lienzo oscuro con algunos puntos brillantes en él, sino que ahora era nebuloso y de un verde desagradable. La maleza ya no era tal cosa sino un montón de algas que se mecían suavemente por efectos del viento. Pero al adentrarme más y más en aquel extraño mundo me daba cuenta de que no era el viento lo que causaba tal movimiento, sino que era el movimiento de la corriente marina. Tras de mi apenas y quedaban vestigios de donde yo provenía. Se veían lejos aquel cielo oscuro con pocas estrellas relucientes sobre él y los matorrales por los que había corrido intentando escapar de las garras del

diablo”.

“Me detuve por un momento para recuperar el aliento, cosa que se me hizo difícil porque no existía aire que respirar. Despavorido como estaba grite de desesperación y el poco aire que me quedaba en los pulmones pronto escapó en burbujas de diversos tamaños; me estaba ahogando en aquel extraño paraje”. A lo lejos se escuchan los truenos que presagian la lluvia. Gaetano mira a su alrededor y pone mala cara. Será difícil hacer lo que tiene que hacer bajo la lluvia, y peligroso también... muy peligroso. Sale de entre los arbustos y camina un largo rato en dirección al sector los Molinos, ya que de esa forma estará un poco cerca cuando inicie la arriesgada empresa. Va a una vieja casa abandonada en la que puede seguir con la escritura de sus pensamientos, no sin antes asegurarse de que nadie lo esté siguiendo y de que nadie esté en la casa. Al ver que nadie lo sigue y que no hay nadie en el lugar, va a lo que pareciera haber sido el baño de la casa. Cierra la puerta y continúa escribiendo en el pequeño cuaderno. “No puedo explicar con palabras el miedo que me embargó en aquel momento, solo que fue una experiencia horrible y atroz”.

“Me sacudí con fuerza intentando de alguna forma que eso me ayudara a no ahogarme, pero solo conseguía agotarme y gastar el poco oxígeno que me quedaba. La presión del lugar empezaba a hacer su trabajo. Sentía como poco a poco surgía un dolor agudo bajo mis oídos y mi pecho por efecto del inmenso lugar aplastando mi cuerpo. Con las esperanzas desechas de que podría de alguna forma salvarme de aquella situación, me quede inerte, sin fuerzas y derrotado a esperar la muerte. Fue allí entonces cuando la vi...” Los truenos se escuchan con fuerza; que “buen día” para que llueva, pero igual eso no cambiara el hecho de que todo esto se acabara hoy. Prosigue Gaetano en su tarea: “En ese momento en el que sabía que iba a morir mientras contemplaba aquello tan irreal y espeluznante, me llegó un dolor intenso al vientre, lo que me hizo soltar un grito a todo dar y salir sin explicación alguna de ese infierno; en aquel momento me libre de las garras de satanás... pero no de sus fauces. Ya no estaba en aquel mar de horrores en el que la vida se es arrancada de forma inmisericorde, si no que me encontraba entre la maleza de aquel viejo sendero de tierra. El hecho de que podía respirar me llenó de un gozo infinito y una alegría sin igual. La chispa de la vida resplandeció como nunca dentro mí y di gracias al todo poderoso por permitirme seguir viviendo. Trate de incorporarme y salir pronto de aquel lugar, pero las piernas me temblaban. El efecto vigorizante de sentirme vivo se apagaba poco a poco y se me hacía difícil moverme, hasta incluso se me dificultaba mantener los ojos abiertos. Me agaché para tratar de salir gateando de entre los matorrales y fue entonces que noté dos cosas antes de percatarme de que todo iba de mal en peor. Lo primero es que me que por alguna razón estaba herido en el vientre; las heridas que presentaba eran extrañas e irregulares como si hubieran tratado de escarbar en mi carne con algo puntiagudo, dejando una serie de pequeños orificios – seis

en total – bastante desagradables a la vista que supuraban en los bordes de la piel maltratada algo viscoso y espeso, como baba y pus. Lo segundo, fue que sobre el suelo se extendía una fina capa de niebla amarillenta de un olor bastante dulce y empalagoso que me recordaba al eucalipto ligada con una bebida achocolatada; aquella niebla – y tardé un rato en darme cuenta – era lo que me tenía en ese estado aletargado y somnoliento. Avance un poco en dirección al sendero, y hubiera llegado al mismo de no ser por el sueño y sopor que me invadían intensamente, impidiendo que la travesía se completara con éxito. Era tan fuerte el aroma y el sueño que me producía aquella niebla que no tuve más remedio que recostarme en el suelo y dejarme vencer por ella; ya llegaba el punto que tratar de permanecer despierto era inútil por lo que dormir en ese momento era la mejor opción. ¿De dónde venía y porque ese aroma dulce? ¿Tal vez hubo un accidente en el que involucraba un auto con aditivos de pastelería? ¿Sería tóxica? ¿Por qué la brisa era tan agradable a esas horas de la noche? Esas y otro sinfín de preguntas giraban en mi cabeza hasta que estas se mezclaron en una marejada de sueños extraños que me invadieron durante lo que me pareció un rato eterno, hasta que en un momento dentro de aquella galería sin sentido pude vislumbrar la salida mediante diferentes indicadores que me alertaban que me despertara. El primero de ellos era la sensación de que algo me estaba picando; entre aquel intenso sueño es lo que mi cerebro pudo determinar. Sentía como en diversos puntos de mi cuerpo aparecían estas picaduras –picaduras como de mosquitos para ser más preciso - sobretodo en brazos y piernas, pero se sentía a la vez una muy sutil sensación de ardor. Luego sentía por momentos que no podía respirar a causa de algo húmedo y duro que obstruía tanto mi boca como mi nariz, y sentía un muy ligero dolor en alguna parte de la boca. Después sentía un dolor en el vientre que me era familiar; no sabía de qué ni de cómo ni de cuándo pero ya lo había sentido antes. Entre las picaduras que aumentaban tanto en número como en dolor y aquello en mi vientre que también se intensificaba en dolor, desperté”.

Frente a la puerta alguien o algo se detiene y Gaetano puede escuchar una respiración detrás de ella; se nota agitado, como si hubiera venido corriendo a todo dar. Sin moverse de donde está sentado poco a poco escucha como la respiración se agita hasta transformarse en un jadeo inquieto e incesante que molesta y desespera. Luego entre aquel molesto ruido golpean salvajemente a la puerta, como si un gigante abalanzara su enorme mano contra ella. La puerta cruje, y el polvo y la arenisca de la vieja estructura se esparcen por el pequeño baño. Gaetano sigue inmóvil en su lugar; aquello no lo hará cambiar de opinión. Los eslabones de la puerta empiezan a brincar por los violentos golpes y el marco de esta se va agrietando al igual que las paredes; sea lo que sea aquello, quiere entrar por la fuerza. Gaetano se levanta sin despegar ni un instante la vista de su némesis; lo ve por entre las grietas de la ya debilitada puerta. Saca de entre su cinto un largo y viejo machete, compañero de algunas aventuras y peleas y, con paso firme, se dirige a la puerta. Se para frente

a ella y sin pensarlo dos veces da un fuerte golpe con su pierna, abriéndola de par en par para hacerle frente a ese alguien o algo que lo viene a molestar.

Afuera no hay nadie, y nada está fuera de lugar salvo la puerta del baño que ahora yace en el suelo. Atento a cualquier movimiento extraño, Gaetano se mantiene alerta, con ganas de buscar cualquier excusa para balancear su machete y hacerse respetar, pero por lo visto eso ya sucedió: se hizo respetar. Guarda el machete en su cinto y regresa al baño en busca de su saco. Lo recoge y sale de la casa.

Ese lugar ya no es seguro.

Camina por largo rato en busca de donde poder continuar escribiendo en paz, pero por lo último que sucedió eso resultara difícil; ella sabe, y ahora le está dando caza, por lo que no tendría mucho sentido estar buscando un lugar en el cual estar solo, y mucho menos de lo anterior sucedido. Así que se sienta en una banca de una pequeña plazoleta del lugar y prosigue con su escritura. Ella no hará nada al aire libre – a menos así lo cree él -; a ella le gusta acechar en los rincones solitarios y en la tranquilidad del silencio.

Por su lado, ella lo sigue. Lo acecha desde hace tiempo, pero nunca tomó acciones como tal para acabar con él ya que nunca pensó que ese pedazo de carne fuera capaz de tomar acciones contra ella. Pero se equivocó, y ahora ese pedazo de carne puede volverse un problema si no toma acciones al respecto. Así que de lejos lo observa y vigila todos sus movimientos. Quiere hincarle los dientes en la cara y arrancársela lentamente; quiere triturarle los huesos y beberse su tuétano mientras que con su espesa y hedionda baba lo mantiene con vida e inmóvil para que sienta todo ese dolor; quiere hacerle revivir cada episodio trágico de su vida y volverlo loco mientras regurgita los restos semiconscientes de su cuerpo.

¡Ella es la verdad!

¡Es la manifestación de lo absoluto!

¡Es la jueza y verdugo de todo lo que se posa bajo su mirada!

Esta sedienta de venganza; quiere desatar toda su ira y odio contra ese mortal... y lo hará.

De momento se calma. Ella sabe que él va directo a su cubil. ¡Que insensato! Pero ya pagara. De momento será mejor alimentarse, y a lo lejos se escucha el llanto de una pequeña cría humana por la cual

comenzar...

"Al estar despierto, intento entender que es lo que está sucediendo, porque al estar mis sentidos completamente atentos siento que algo realmente malo está pasando; y cuando vi a los pocos segundos que sobre mi estaba el perro con el vientre abierto, mordiéndome y escarbándome la barriga, comprendí lo que estaba pasando. Primero antes que nada, mi lengua fue arrancada y masticada por aquel perro; y lo sé porque de alguna forma aquella bestia satánica me lo hizo ver una y otra vez ante mis ojos. Lo segundo es que las picaduras de mosquito no eran tal cosa, sino que era la maleza que se mecía frenética por causa del viento, lacerándome la piel con hojas y ramas en busca de mi tibia sangre; y lo sé porque aquel perro callejero me lo susurró al oído. Lo tercero era que la niebla era en realidad el vaho que emanaba la criatura de su boca, cosa que usaba para debilitar su presa y poder comer en paz; y lo sé porque la bestia misma me lo dijo. La cabeza empezó a darme vueltas y un dolor agudo y brutal se incrustó en cada milímetro de la misma cuando la diabólica abominación empezó a hablarme directamente con la voz de entrelazada de algunas de sus nateriores víctimas – soy La verdad y debes conocerme tal y como soy. Como todos los demás que moran en este amplio lugar, eres mi alimento y sustento, y debes saberlo. Perece ante mis fauces y forma parte de mí, lo único que realmente importa en tu vida. ¡Conóceme y aprende!- Luego de eso me invadieron miles de imágenes al unísono, una más terrible que la anterior en la que se me mostraba como a lo largo de tiempos casi que inmemoriales esta criatura salida del más negro abismo consumía la vida de seres humanos. No importaba si eran niños, mujeres o ancianos; cada vez que podía lo hacía, y lo disfrutaba a plenitud. Cada vez empleaba formas más siniestras de como devorar a su presa, pero, más que por consumir la carne como alimento y sustento, lo hacía solo por disfrute y de ver como se revolcaban de dolor. En realidad, aquella cosa no se alimentaba como tal de la carne de los seres humanos; de lo que realmente se alimentaba era de sus pensamientos y de su concepción de las cosas. Cada vez que consumía a una persona, agregaba a su saber nuevo conocimiento que le servía para trastocar y transformar la realidad que nosotros, los seres humanos, percibimos de esta maldita isla".

"La sangre empezaba a brotar por entre mis ojos y mis oídos a medida que tan funesta verdad se hacía presente en mi mente, y lo primero que pensaba entre todo aquel sufrimiento era morirme de una vez para no ver ni sentir nada de aquel infierno – No. – Me dijo la bestia en tono burlón. – Morirás cuando yo así lo dicte. Sufre un poco más; sabes mejor de esa forma. – Pronto sentí el embate de decenas de muertes sucedidas a otras incautas víctimas de este lucifer. El dolor en mi cuerpo era atroz, pero no tanto como el que sentía mi propio espíritu al empezar a formar parte de aquella diabólica entidad. Pero quizá por mágica coincidencia o por obra del destino, entre todas las imágenes que me asaltaban me lleo una que había olvidado por completo, y fue aquella en la que me encontraba

debajo de un tétrico y enfermo mar”.

A lo lejos se escucha un alboroto y lo que parecen ser unos gritos de auxilio; si no fueran por las cosas que han sucedido desde que empezó a escribir en el pequeño cuaderno, Gaetano pensaría que es cosa del día a día. Pero no. Ella estaba en movimiento. Por esa razón, el viejo vagabundo escribe ahora apresurado para ir luego a encontrarse con su destino. Quiere terminar cuanto antes de dejar un testimonio de lo que se esconde en la isla y de cómo puede ser vencida en tal caso de que el falle.

Prosigue en su relato escrito.

“Cuando me encontraba en aquel lugar y antes de sentirme arrastrado de vuelta a la realidad por las fauces del diablo, pude ver cómo me encontraba flotando al borde de un insondable y oscuro abismo. Si le soy sincero y con el alma en mi mano derecha, juro que aquello que vi era mucho peor que todo lo que La Verdad me estaba mostrando, y lo es por el simple hecho de que allí había algo que no se puede describir, algo completamente desconocido e inimaginable que no puede ser entendido por nada ni nadie en este mundo. La oscuridad que había ante mí era más negra que la noche misma y mucho más fría que el invierno más duro. Todo lo que mi vista abarcaba era oscuridad y nada más. Pero entre toda esa negrura – aunque no podía verlo – había algo que me miraba, que me observaba fijamente, que intentaba de alguna forma poseerme y arrastrarme al infinito abismo. Era algo surreal y casi sublime. Entonces, entre recuerdos y dolor, comprendí que La verdad no era más que una vil criatura ajena a la verdadera verdad”.

“Cundo vi aquel monstruoso paraje oscuro y me di cuenta de ello, La verdad saltó ágilmente hacia atrás y se agazapo alerta ante tal descubrimiento. El lazo que permitía sentir y ver parte de lo que el perro satánico había hecho durante tan largo tiempo, me permitió sentir como dentro de ella crecía la duda y el miedo. - ¿Acaso la verdad tiene miedo de sí misma? - Pensé yo entre la poca cordura que me quedaba, con lo que la criatura lanzo un rugido atronador para luego perderse entre la maleza”.

“Antes de que se rompiera el malévolos lazo, pude sentir la ofensa que aquello produjo en el perro. Se sintió herido por tal impertinencia, y hasta el día de hoy es una sensación que disfruto”.

“Gracias a esa impresión – al menos es lo que yo creo – que sufrió ese diablo encarnado, se llevó todo el dolor y sufrimiento que sentía en ese momento. Ni las heridas internas ni las externas me dolían, y la impresión que sufrió mi mente ante semejante ráfaga parece haber desaparecido también. Eso sí; me sentía cansado y agotado. Camine un largo trecho - no recuerdo hasta donde - que seguí y seguí hasta que el cansancio tomo

entero control de mí y me desmallé”.

“Lo próximo que veo al despertarme es una luz que baña mi rostro: es la luz de una radiante mañana. Siento como si me hubiera atropellado un camión y luego pisado por un elefante. Trato de recordar que fue lo que paso, pero no fue hasta un mes después que pude recordar todo. En ese momento no sentí ni miedo ni impresión alguna, solo sentía la necesidad de hacer algo respecto a “la verdad”.”

“Me tomo once años planear que hacer respecto a esta situación. Sé que ella sabe que yo se algo que ella no sabe, pero más preocupante aun es que sabe que voy tras de ella, y eso la preocupa. A intentado en algunas ocasiones hacerme frente, pero no se atreve atacarme con todo; algo teme de mí, y creo saber que es. La herí en el orgullo e hice que tambaleara el sentido de su existencia por lo que, al igual que yo, a planeado su venganza durante estos once largos años”.

“Ella sabe, y yo también”.

“Si lees esto, debes saber que el mismísimo diablo se esconde entre nosotros, y si no se le detiene, llegara el día en que nos consuma a todos en esta isla y posiblemente más allá. Si buscas una forma de hacerle frente, pensar firmemente que ese ser no es más que una vulgar abominación y no La verdad misma le hará daño; solo le gusta ver a los demás sufrir. No es la verdad absoluta, solo una vil criatura que no tiene ni pies ni cabeza en este mundo”.

“Piensa fervientemente es esas cosas cuando te enfrentes a ella, y tendrás una importante ventaja. Lo demás, corre por tu cuenta.”

Con estas últimas palabras, Gaetano termina su relato. Lo envuelve en un papel decente que encontró en un basurero y se prepara para dejarlo en algún lugar evidente para que alguien lo encuentre. Al dejarlo debajo del mismo banco en el que estaba sentado y emprender su camino a lo desconocido, pasa dos cuadras más allá frente a una oficina de encomiendas. La mente le trabaja rápidamente y se le ocurre una buena idea. Se regresa a la pequeña plazoleta y busca el pequeño cuaderno envuelto; sigue allí, inmóvil donde lo dejó. Lo toma y se dirige a la oficina de encomiendas. Revisa que tiene el suficiente dinero como para hacer el envío, y, milagrosamente lo tiene en un gran amasijo de monedas.

Tras algunos inconvenientes con el guardia de seguridad a causa de su olor y mal aspecto – sin contar el alarmante número de armas blancas que llevaba en su cinto – Gaetano pudo hacer el envío de su pequeño paquete para ser entregado hoy mismo.

Al salir, el vagabundo mira hacia el horizonte y respirando hondo, tomando luego rumbo hacia donde todo empezó: hacia aquel viejo

sendero de tierra.

Capítulo 8

Mientras revisaban aquellos expedientes, el tiempo parecía pasar con una lentitud agobiante. No sabían si era por lo incomodo del lugar o por los problemas que iban acumulándose a medida que el caso parecía estancarse más y más; quizá sea lo impresionante que resultaban alguna de aquellas páginas y lo inexplicable de sus hechos. Sea lo que sea, el tiempo pasaba lento.

Habían revisado al menos treinta expedientes entre los dos y hasta los momentos no conseguían nada que los ayudara. Solo estaban allí, sentados en viejos sillones de cuero cuarteados por el tiempo, vegetando en el olvido de un claustro repleto de carpetas y estantes. Pero así es esto: tomarse un largo tiempo para hacer bien el trabajo. Si no te tomas tu tiempo para hacer el trabajo ¿Cómo pretendes tener tiempo para lo demás?

Tiempo, tiempo, tiempo... tiempo... es hora de que El tiempo haga su trabajo...

Muñoz regresa algunos de los expedientes a su caja correspondiente y se toma un respiro. Sale del lugar y va en busca de un poco de agua. No la consigue. Tiene que bajar al segundo piso. La consigue y se refresca un poco. Regresa a la faena detenida. Lee y lee y lee y lee. Revisa y compara, compara y revisa. Deduce y teoriza, teoriza y deduce; el tiempo pasa lento... - *No veo que vallamos algún lado con esto. Nada de lo que aquí hemos revisado ayuda con siquiera la más mínima pista de algo, y para serte sincero, estoy agotado. Tomemos un descanso.* – Dijo Muñoz al lanzar unos expedientes sobre una pequeña mesa hierro. Por su lado, Rafael hace lo mismo solo que con un poco más de cuidado. – *Si no fuera porque tenemos a las altas esferas respirándonos en el cuello, daría por terminado este caso y dejaría el cierre de expediente pudrirse entre estas cajas. Seguramente muchos pasaron por esto y tomaron ese camino.* – se levanta del viejo sillón de cuero y camina un rato por entre los estantes y las cajas del recinto profano, donde casi todos los casos más extravagantes de la isla se encuentran guardados y los que muestran un lado extraño y casi surreal de la isla. Entre el olor a papel viejo y el polvo incesante Rafael intenta despejar la mente; una buena cerveza y un buen plato de comida sí que harían la diferencia en este momento; o que tal una candente mujer bailándole de forma sensual mientras el sentado en ese sillón de cuero la contempla tranquilo e impassible, guardando toda su hombría y virilidad para cuando ambos pasen al cuarto de su casa; o porque no simplemente estar en su cama, descansando apacible y sin preocupaciones como una persona normal. Estos y otros pensamientos pasaban por la ajetreada mente del detective. Cuanta cosa ajena al trabajo asaltaba la imaginación del agotado hombre y cuanto más disparatada, mejor. Pero en el subconsciente permanecía latente y alerta

el látigo moral que le azotaba cada vez que se alejaba de su deber, y de cierta forma andaba allí entre todos aquellos pensamientos, susurrándole al oído que siguiera en las cosas importantes y no en las inútiles. Entonces el respondía *ioye, soy humano! No de piedra*. Pero al final el látigo gana y el pobre Rafael tenía que atenerse a su voluntad. Así que con un suspiro lleno de pesar el detective da una última vuelta por el laberintico lugar y regresa con su compañero.

Al llegar al lugar en el que revisaban los expedientes y volver de nuevo a la tarea que hace cinco minutos había pausado, se hizo mucho más pesada y tediosa hasta el punto que el solo mirar aquellas carpetas marrones y oler el polvo y la humedad que se encerraba en el lugar, era suficiente para provocar asco y causar nauseas. El trabajo de investigación se volvió insoportable. Agarrando cada uno un manojo al azar de carpetas y documentos, ambos detectives salieron de aquel incomodo lugar exasperados por todo el trajín y la fatiga mental que el caso actual a traído a sus vidas. Ya sin más ganas de otra cosa que tomar un buen descanso, los detectives salen de la jefatura policial y van a comer al lugar más cercano: La Greca. Dicho establecimiento quedaba a solo tres cuadras por lo que decidieron ir caminando y dejar que el bullicio de la cotidianidad que los rodeaba los distrajera un poco. Con cada paso que daban se sentían de alguna forma libres, sin ataduras y sin grilletes que los retuvieran a sea lo que sea que estaban retenidos; el ruido de los autos, el cuchicheo de aquellos que hablaban mientras caminaba, la brisa que golpeaba sus rostros, la calidez del sol revitalizando sus cuerpos. Todo, absolutamente todo lo que pasaba a su alrededor les daba una extraña sensación de libertad y de vida que disipa toda esa pesadez que llevaban encima. Todo ese bullicio y todo ese movimiento de personas les motivo a avanzar con más prisa y llegar lo antes posible a degustar el plato del día.

La Greca era un restaurant modesto que se ubicaba en toda la esquina de la calle 35 con la avenida 3, y era, desde hace unos casi setenta y siete años, uno de los restaurantes más populares de la zona. Tanto así, que hace cuatro años fue integrado a una lista de los lugares que deben visitar cuando vacacionan en Rivera. La pareja española de chef Ana Julia de Fonseca y su marido Raúl Villegas de Fonseca pasaron un tiempo en la isla degustando las comidas típicas del lugar y visitando cuanto restaurant y puesto de comida rápida encontraban a su paso. Cuando dieron con La Greca, pasaron a comer varios de sus platos y a entablar una conversación amistosa con el personal y con la señora Graciela, la actual dueña del lugar, dejando el sitio una muy buena impresión en la pareja tanto por la atención que prestaban al cliente como por los platos que preparaban. A los cinco meses de haberse marchado de Rivera la pareja de chefs, una de las empleadas llevo un libro de guía turística que había comprado y lo enseñó con emoción a todos en el lugar. La sorpresa que se llevó la señora Graciela fue enorme cuando vio que aquel libro era obra de aquella pareja de españoles que hace tiempo vinieron a comer aquí, y la

sorpresa fue mayúscula cuando vio que la dicha pareja eran chefs de talla internacional reconocidos en el ramo culinario y que viajaban cada cierto tiempo por el mundo en busca de lugares interesantes en busca de todo lo relacionado a la comida. El libro de turismo que había llevado la empleada era nada más y nada menos que un recorrido por el mundo por los lugares gastronómicos que recomendaban visitar. La Greca se llevaba una puntuación de cuatro y medio de cinco. Ese día hubo una promoción de dos platos por uno, cosa que hizo que el lugar desbordara de gente hasta entrada la noche. Muñoz recuerda muy bien ese día porque él estaba comiendo allí, y le sorprendía la cantidad de gente que había afuera esperando para poder y entrar a comer. Desde ese día son muchos los que esperan que se repita una promoción como esa.

El recuerdo se disipaba poco a poco mientras otros recuerdos referentes al restaurant llegaban a la mente de Muñoz hasta que finalmente se alejó de los recuerdos y se embarcó en la tarea de seleccionar un plato del menú que prontamente había traído uno de los mesoneros del lugar. Sin pensarlo mucho se fue directo a la sección de pastas y eligió una pasta boloñesa. Por su parte Rafael estaba indeciso entre un pasticho con berenjenas y el pescado relleno, optando a la final por el pasticho para comer allí y el pescado para llevar. – *Esto era lo que hacía falta; salir de todo ese trajín me ha hecho un hombre nuevo.* – Asintiendo con firmeza Rafael apoya a su compañero. – *Recuerdo hace tiempo en mis días de patrullero cuando tuve que perseguir por media isla a aquellos muchachos que se robaron las cervezas en el establecimiento del viejo Teng. Pase por toda esta avenida como alma que lleva el diablo mientras trataba de ver como los detenía. Por suerte al auto de ellos les quedaba poca gasolina y a la final quedo en medio de una redoma mientras eran poco a poco rodeados por los oficiales que iban llegando. Fue para mí una noche llena de adrenalina.* – Rafael sonrió y bebió un poco de su jugo de naranja. – *Según lo que me contaron esa fue una noche digna de una película de persecución. Se reportaron velocidades de hasta 180 km/h, en la que uno de los oficiales involucrados en la persecución recuerda como el auto de los chicos paso a centímetros de una elegante "dama" en la esquina de Amador y se le levantó la falda, resultando ser a la final un elegante hombre que no llevaba ropa interior. ¡Las cosas que se pueden llegar a ver en la vida!* – Ambos se rieron porque recordaban la anécdota del oficial, y más que nada la cara de alarma y sorpresa que ponía cuando contaba el pintoresco hecho. Ambos pasaron un rato recordando anécdotas de su época en la policía antes de ser detectives, y rato después el mismo mesonero que les había atendido les trajo sus respectivos platos. Siguieron hablando animadamente mientras comían y hablaron un rato más después de haber terminado de comer. La conversación se centraba ahora en el tópico de los deportes y ambos estaban enzarzados en sobre que equipo ganaría la final del béisbol nacional. Con sólidos argumentos y hechos estadísticos cada detective defendía a capa y espada su equipo favorito, extendiéndose la conversación hasta ya entrada la tarde. – *¡Gracias a dios que mi marido*

no está aquí, porque si los escuchara hablando de béisbol esto hubiera convertido en un debate televisivo! – La señora Graciela se acercaba a la mesa de los detectives a saludarlos por un rato. Al quitarse el delantal tomo una de las sillas de la mesa desocupada de al lado y se sentó junto a ellos. – *¡Qué bueno volverlos a ver por acá! Pensé que nunca más vendrían por estos lados.*

- *¿Y dejar de probar tan exquisita variedad de pastas?*

- *Pero si solo pides pasta a la boloñesa cuando vienes a comer; de vez en cuando es bueno probar algo nuevo.*

- *Muy cierto, pero algo bueno como esto no se deja pasar.*

- *Me imagino. ¿Cómo han estado?*

- *Estresados. El caso en el que estamos no tiene ni pies ni cabeza. – comento Rafael al dar una mirada fugaz a los expedientes que tomó.*

- *Por las cosas que e escuchado seguramente andan con el gobierno respirándoles en la nuca.*

- *Casi.*

- *Es triste como una familia recibe una tragedia como esa.*

- *Ni que lo diga. Hoy era el velorio.*

- *Si. Una amiga que es cercana a la familia Contreras estuvo presente. Me conto que la viuda estaba como ida durante los servicios del cura. – Con un asentimiento grave Muñoz se imaginó pasar por una situación similar. ¿Cómo hacia una persona para recuperarse de algo así? ¿Cómo podía una familia tan unida como los Contreras proseguir sus vidas después de tan horrible suceso? Seguramente en el transcurso de sus vidas el dolor pasaría hasta ser un pequeño recuerdo en el olvido. Pero e hay el pequeño detalle. Sería un pequeño recuerdo que por más que quisieran nunca desaparecería, y que los acompañara por el resto de sus vidas.*

Triste. Realmente triste.

Conversaron un poco más con la agradable señora Graciela y ella, a pesar de que no seguía de cerca el beisbol nacional, dio su opinión acerca de quien iba a ganar la temporada. Su marido, que se desvive por dicho deporte, la atormentaba en cada temporada con resultados, jugadas y pronósticos en cada partido que se jugaba. Por tal razón ella puede entablar una conversación respecto al tema. Poco después un grupo grande de doce personas llegaron a degustar las delicias que aquí se preparan, con lo que la humilde propietaria se retira y regresa tras

bastidores a preparar y ayudar en lo que pueda, no sin antes susurrarle a Rafael *iCaciques!*, a lo que Muñoz asiente con rotunda aprobación mientras que Rafael pone cara de desaprobación total. Sin más nada que comentar, ambos detectives dejan su respectivo pago y salen del local de vuelta a la jefatura a terminar algunos papeleos para luego cada quien irse a su casa. Hoy no seguirían trabajando en el caso Contreras. Al menos no en la oficina.

La tarde avanza poco a poco, tomándose todo el tiempo que necesite antes de darle paso a su amiga la noche quien en una parte del mundo ya ha hecho su aparición. Abajo, ante su omnipotente mirada, ella observa con detenimiento como esos millares de puntitos se mueven de un lado para otro, llevando a cabo sus faenas diarias y procurando vivir un día más. Observando con cuidado se enfoca principalmente en los puntitos que se hacen llamar humanos. Ella, al igual que el día y la noche, encuentra fascinante el movimiento que se produce por los actos y consecuencias de estas particulares criaturas. No son como las otras especies vivas como las plantas o los animales que guardan una simpleza dentro del orden natural. Los humanos son muy complejos en su forma de actuar, y hasta la fecha no puede entender de forma clara el porque de su forma de ser. Una vez pensó (y lo comento al día y la noche) que, si todos ellos se unieran bajo una misma causa, podrían lograr cosas tan grandiosas que nunca hubieran imaginado. Pero su conducta los ha llevado a separarse y actuar de forma hostil uno con otros, convirtiéndolos en una paradoja sin respuesta concreta dentro del orden natural. Hoy en día (incluso en la antigüedad) se juntan en pequeños grupos con fines supuestamente comunes, actuando por conveniencia con otros grupos o simplemente atacándolos. Quizá sea porque aun son muy jóvenes en la línea de la vida, o quizá se deba a que es así como deben ser, manteniendo de esa forma el tan nombrado y palpable orden natural. Allá abajo cada uno se abre paso en la dura vida que ellos mismo se han forjado, luchando de una forma u otra para mantenerse unos arriba de otros. En una parte muchos sufren mientras que en otro lado muchos disfrutan. ¿Por qué los que disfrutan no ayudan a los que sufren? Seguramente muchas cosas se lograrían si un nuevo grupo que disfruta se une al ya existente. Una vez el día le dijo que son así por aquello que tienen dentro de eso que llaman cabeza, y que nunca dejaran de ser así por eso. De hecho, el día piensa que con el paso del tiempo la masa informe dentro de sus cabezas provocara que refinen sus hallazgos y descubrimientos para perfeccionar la forma definitiva con la cual aniquilarse. Lastima. Hubiera querido ver que cosas grandiosas hubieran logrado con el paso del tiempo, pero eventualmente ellos, como muchas otras criaturas que existieron sobre la faz de todo lo que el día la tarde y la noche contemplan, los humanos desaparecerán; ya sea por eventualidades de este mundo o por su propia mano, pero desaparecerán. Podría equivocarse y ver algún día su anhelo cumplido, pero como van las

cosas, las probabilidades son prácticamente nulas.

Mientras observa con detalle a cada humano, su mirada se posa en un punto ubicado en el mar. Ese lugar siempre le llamó la atención desde hacia mucho tiempo. Había allí algo que le despertaba curiosidad y un lejano sentimiento de añoranza en el que se anhela una especie de reencuentro con alguien o algo. Desde siempre ha intentado saber qué es lo que ese pequeño punto de verde y bulliciosa vida esconde, pero no ha podido dar con la esquivada respuesta. El día y la noche también posan su mirada por largo tiempo sobre ese lugar y al igual que la tarde, la añoranza les guía a buscar una respuesta que nunca encuentran.

Poco a poco y para gran sorpresa de la tarde, descomunales engranajes de carne y metal empiezan a ejercer movimiento sobre una maquinaria de disparatada complejidad. Cada uno de esos discos gira al principio con lenta parsimonia para luego cobrar una velocidad vertiginosa que pone en movimiento diferentes partes de la colosal estructura biomecánica. De entre los rincones más profundos de la maquinaria, abultadas fistulas de violáceo color empiezan a flotar en dirección a los engranajes más grandes con el fin de lubricarlos con su espeso y purpúreo contenido. Una vez que dicho contenido se derrama sobre los grandes discos dentados de carne, los engranajes palpitan torpemente como si intentaran despertar de un largo y profundo sueño, hasta que por fin lo logran y brotan de entre ellos vigorosas y rozagantes cavidades venosas que les impulsa a llevar un movimiento rítmico y perfecto. Estos engranajes actualizados proyectan a los engranajes más pequeños energía adicional que aprovechan para enviar calor a la tuerca (o eso parece) central que los sujeta a la gran maquinaria. Con el paso de los minutos las tuercas van tomando un color rojizo a causa del calor, provocando que este se vuelva más y más candente hasta llegar a tomar la apariencia resplandeciente del rojo vivo, momento en el que la tuerca abre un parpado y revela un ojo acuoso y vivaz que mira impasible hacia todas direcciones. Ahora decena de miles, quizás millones de pequeños ojos en el centro de los pequeños engranajes observan y analizan la situación, mandando y ejecutando nuevas ordenes dentro de aquel nefasto claustro de carne y metal, abriendo paso a un intrincado proceso a través de pistones, vapor, baba, carne, calor, metal y horror. La tarde se sorprende. Se maravilla. Jamás había contemplado semejante despliegue de poder y eficiencia. Una emoción crece dentro de ella y se exalta por la viva ráfaga de antelación que pronto va surgiendo dentro de ella. Un recuerdo fugaz atrapa su atención y pronto se va diseminando por toda ella una orden, un propósito, un porque inexorable y definitivo que se funda en el propio hecho del significado de su ser. La tarde atiende al llamado, y como un ligero copo de nieve que cae durante el invierno, ella se deja caer ligera y graciosa en las oscuras y tormentosas nubes que se van formando lejos de aquel punto que se encuentra en el mar.

Ahora sabe cuál es su propósito. Sabe el porque de su creación. El llama y ella responde. Solo tiene que esperar a que la gran tormenta la lleve con él para que ella pueda dar su largo y detallado reporte sobre aquellos que se hacen llamar humanos.

El tiempo ha empezado a hacer su trabajo...

De vuelta en la jefatura, Muñoz termina de hacer su papeleo correspondiente del día y queda con el oficial Lorenzo de ir juntos al lago Férreo y pasar un día de campo junto con otros amigos. A Muñoz le encantó la idea. Imaginarse en pleno día soleado, rodeado de la vibrante vegetación que bordea el lago y no por el rutinario asfalto y concreto del día a día, le deleita hasta el punto de querer brincar por la ventaba más cercana y enclaustrarse en el apartamento hasta que llegara el preciado día. Ya guardando en su gaveta los últimos documentos y expedientes de días anteriores, concluye de forma técnica su día laboral (en teoría aun le faltan dos horas mas de trabajo, pero que se la va hacer). Da una ojeada distraída a los expedientes que tomó de los archiveros de casos y espera a Rafael quien por su parte esta llenando el formulario de los archiveros. Tras unos minutos de espera Rafael llega a la oficina y le informa a su compañero que debe subir y firmar el formulario. Sin pensarlo dos veces sube y hace su tarea para luego, con una firma rápida y lapidaria, terminar de sellar aquello que lo pudiera haber mantenido horas extra en el trabajo. Finalmente y después de finiquitar otras tareas de rutina, ambos detectives se dirigen a sus respectivos hogares. – *Después de que llegue a la casa y me bañe, iré directo a la cama y dormiré hasta que tengan que entrar a la fuerza y despertarme.*

- *Posiblemente haga lo mismo, pero por algo sacamos esto, ¿no?* – Muñoz le muestra los expedientes del archivero a Rafael y este da un largo suspiro, sintiendo como el latigazo de la responsabilidad lo azota. – *Hare la tarea en algún momento de la noche. Mientras tanto pensare en esa suave y mullida cama que me espera.*

- *Dudo lo de suave y refuto lo de mullida.*

- *Las apariencias engañan.*

- *La última vez que vi semejante vejestorio pensé que se desarmaría de un momento a otro en una nube de polvo y aserrín.*

- *iHa! Ya quisieras tu descansar en algo así.*

- *No gracias. No quiero morir entre los escombros de una cama de los*

años mil setecientos.

- *Patrañas. ¿Mañana a las diez?*

- *Sí.*

- *Entonces hasta mañana.*

- *Descansa.*

Ambos detectives se despiden con un fuerte apretón de manos y cada quien se marcha por su lado.

Ya en su casa, Rafael termina de lavar el vaso y los cubiertos que usó para comerse el delicioso pescado relleno que pidió en la tarde en La Greca. El baño de agua tibia más la apetitosa comida que acaba de disfrutar cubren de un sopor el cuerpo del detective. Solo es momento de que el sueño lo invada por completo y se sumerja en lo que seguramente será un sueño largo y profundo. Antes de que el sueño llegue a él, se propone a revisar por lo menos la mitad de los expedientes que tomó; igual no son muchos, solo siete expedientes. Una ojeada minuciosa por aquí y una sagaz anotación por allá concluyen con que la primera tanda aporta nada útil. Cerrando con doble llave las puertas de su casa y asegurándose de que las ventanas están bien cerradas, apaga todas las luces y se propone a dormir en su suave y mullida cama. Ahora que la ve (quizás por efecto de la somnolencia y por la última conversación con Muñoz) la cama entera da la impresión de que se desarmará de un momento a otro. – *si te vas a desarmar que sea en otra ocasión.* – rezongo el cansado hombre apagando la luz de su cuarto, entregándose a los brazos del dulce sueño que llegaba rápido e inminente.

A los quince minutos de haberse acostado, el teléfono celular suena y vibra a la vez, indicando la entrada de una llamada. Los parpados intentan abrirse, pero es un esfuerzo nefasto de titánicas proporciones; intenta obviar el ruido y trata de recuperar el sueño. El celular sigue sonando y vibra con más fuerza sobre la pequeña mesa de al lado, como si taladrara con desesperación por ser ignorada. Esta vez los ojos se abren con un último esfuerzo cansado, pero ahora el cuerpo no quiere responder; quiere quedarse acostado en la calidez del viejo colchón y dejarse llevar por la tranquilidad que hasta hace poco fue arrebatada por aquel bullicio tan antipático. El ruido sigue y sigue, y con un movimiento rápido del que requirió toda la fuerza de voluntad posible, Rafael extendió el brazo y toma el celular y lo coloca directamente en su oreja derecha y presiona a tientas el botón de contestar. Lo primero que escucha apenas atiende la llamada es un grito lejano lleno de angustia y terror, seguido de lo que parece una ráfaga de disparos. El detective se alarma y se sienta rápidamente en la cama. - *¿Quién habla?!* - pregunta alarmado el detective. Apenas en un distinguible susurro le contesta una voz lejana y

apagada. *–Esta aquí... el asesino esta aquí... –* Inmediatamente después de la respuesta se escucha otro grito en la lejanía del lugar del que llaman, esta vez seguido de un rotundo rugido que asusta a Rafael, dejando caer el celular en la cama a causa de la impresión. Sea lo que sea que haya sido eso lo sobresalta enormemente, causando en todo su cuerpo pequeños espasmos de miedo y sorpresa. Con la pantalla hacia arriba el celular muestra el número del cual están llamando, envolviendo el momento en un halo de misterio e incertidumbre: Gladis Contreras.

Afuera, acompañadas por la danza de los distantes relámpagos, las primeras gotas de lluvia caen para indicar la llegada de la inminente tormenta.